

CERVANTES, LAS TRES PARTES (ENSAYO)

por

LUIS YRACHE ESTEBAN

A mis alumnos del Instituto de París

Como ya se va a hablar bastante de prólogos cervantinos en este ensayo, casi no debería llevar el suyo, escribir yo otro más. Parecido al de Cervantes en *El Hidalgo* de 1605, mi trabajo está horro de notas. Para qué tantas citas, lo mismo en libros como en prólogos. Se las pondrán otros, las colgarán hasta el hastío. Por otra parte, las citas serían algo manipulables porque están por todos los sitios recortadas, despegadas, rotas al desunirse de su texto. Pueden también instrumentalizarse. Actuarían más con la intencionalidad del citador que con la idea general, no troceable, del escritor primario.

¿Y del asunto del ensayo? Decir ahora que nuestras dos hipótesis, la autoría del Avellaneda y la contrafigura de este D. Quijote, Cervantes y Felipe II, dichas con sus nombres, van las dos vinculadas. El rey llena una parte del hueco inexplicable de ese libro espurio. El ensayo trata de explicar qué pueda haber dentro del falso Quijote y de mostrar cómo el escritor castellano habría tenido que ocultar su parodia regia.

Las dos hipótesis se necesitan, aunque sólo dentro de una lógica pragmática; pues en el plano de la Historia sucedida, cómo hoy saberlo. El lector tendrá que decidir, conforme vaya avanzando en el ensayo, si las dos hipótesis —Cervantes, autor del Avellaneda; D. Quijote, contrafigura de Felipe II— se necesitan, lo que es un buen argumento a su favor. Querriamos llegar a una creencia racional, a ver con claridad, que nuestras propuestas —nueva autoría para Don Quijote [Tarragona, 1614]; descubrimiento de una referencia decisiva al Rey— se complementan filológicamente, que la segunda sería la prueba más convincente para admitir sencillamente la primera.

La primera hipótesis nació en el Instituto de París, con los alumnos, un curso que dimos muy libre, sólo los temas que nos gustaban. Leí entonces el Avellaneda, para completar lo del viaje de D. Quijote a Zaragoza por unas justas famosas. Y empezamos a decir que nos estaba pareciendo también de él: Cervantes, las tres partes. Con este título resultaba claro. Quedamos, pues, en eso, en dar a luz esa hipótesis de la nueva autoría.

Luego vi la segunda, que además ayudaba a demostrar la primera. El rey Felipe II, malquerido por Cervantes —anotado ya por historiadores—, podría quedar convertido en ese hidalgo que iba a ir a Zaragoza, tan insistentemente, dentro de la historia verídica de aquel narrador combinado con el árabe traductor.

I

La tentación de escribir, y más estas labores, que sería como echar un cuarto a espadas —a copas, mejor— en el asunto polémico, es difícil de retirar de la mano. Me acuerdo del prólogo al Ingenioso Caballero de 1615, cuando compara muy bien, hablando del Avellaneda, estos tomos irresponsables con los cantos que un loco echaba sobre los podencos; pero uno vuelve a intentarlo.

En el primer tomo publicado, El Ingenioso de 1605, ya le gusta al autor volver sobre lo dicho y sacarle a eso jugo narrativo. Así es más entretenido y fácil, más parecido a una conversación, verosímil. De los acontecimientos o episodios anteriores se habla otra vez más adelante; por ejemplo, se ven efectos de lo que había pasado más arriba. Al lector, y en aquella época sobre todo al oídor en grupo, le hacen asegurarse en la verdad de la historia; al menos, le hacen sonreír estos esfuerzos del escritor por parecer verdadero. De los galeotes liberados, pongamos por caso, se vuelven a ver destrozos y efectos más abajo. En el arte del narrar, los recursos e inventos tienden a conseguir verismo, interés por lo sucedido, gusto por el relato natural.

En el segundo volumen, El Ingenioso Caballero, se hacen referencias múltiples a las aventuras, [casi] siempre desventuras, del primer libro; y también, de un segundo, que sería apócrifo, con episodios no esperables y caracteres no mantenidos.

Aquí estaría hecha ya mi presentación de nuestra hipótesis. Miguel de Cervantes habría podido escribir asimismo el libro de 1614, atribui-

do al engañoso –no muy engañador– Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas.

En los prólogos estaba muy aconsejado hacer ejercicios de ingenio y simpatía, muy lógicos antes de empezar, muy clásicos. El de 1605 es una introducción casi teórica, pero irónica, sobre los libros humildes, sencillos, sin notas, sin citas. El publicado apócrifo en 1614, el de Avellaneda, no es más que insultos o denuestos para el viejo manco, tonto por descuido de las ganancias que hubiera ganado. El tercero, la estupenda segunda parte cervantina, ya del año siguiente, son unas referencias a la anterior, sólo eso. Parecería el segundo prólogo hecho a propósito para poder escribir este tercero, también sencillo o bueno, resignado.

En adelante, podré también llamar C.5, C.14, C.15, respectivamente, a los tres libros. Veremos un posible acercamiento a los correspondientes momentos de escritura de las tres historias. Intentaría hacerlo como si fuera la película de los hechos, que consigue aclarar la secuencia del escritor y las razones de su orden de publicación.

Cuando acaba la estancia en la casa de campo que tienen los Duques de Villahermosa en Pedrola (Zaragoza), sesión plena y terminada a gusto de los nobles burlones, hay un mundo nuevo narrativo delante. Don Quijote está ansioso de aire de campiña, de libertad. Estamos ya en el capítulo LVIII de C.15, tiene este libro LXXIV.

En el momento en que estaba a punto de llegar a las ansiadas justas de Zaragoza, interminable espera del lector desde finales de C.5, se les cruza al personaje, al autor y al lector, intempestivamente, la novela del natural de Tordesillas. Y nuestro héroe, como decimos, decide no ir ahí porque, si el señor D. Quijote de C.14 ha estado en Zaragoza y es falsa la historia, el señor de C.15 no puede repetir, puesto que es el verdadero. Engañosa razón que convence al lector ávido, el que no separa o distancia los ojos mucho de la sucesión de los episodios.

El libro de Avellaneda deja a Zaragoza cerca, durante un buen tranco de la obra. No les permite entrar. Están detenidos, yendo hoy por la autovía de Madrid N-II, en Ateca. Es la espera típica del relato que tan bien sabía manejar Cervantes en general, tantas veces con la ironía por medio. En el libro que publicó primero incluso habría llegado a cortar no sólo con punto y aparte y no sólo con final de capítulo, sino con final de parte, la aventura con un vizcaíno en que ambos se quedan con las espadas sin caer. Es ironía y diversión; de las novelas caballerescas y del lector, respectivamente.

En la preciosa segunda parte del caballero la permanencia en el palacio de los Villahermosa es larguísimo pórtico y espera para la entrada en Zaragoza.

Posiblemente estas dos macropartes de relato, las antesalas de Ateca (C.14) y de la tierra donde se inventa la ínsula Barataria (C.15), son ideas o hábitos que tiene el historiador para contar viajes. Son planes narrativos muy semejantes los dos. Le van a hacer esperar buena parte del escrito al que los lea impaciente, interesado.

Como siempre, se trata de salidas, y en C.5 ya hubo dos. Las dos segundas partes, la falsa y la verdadera, comienzan diciendo que es la tercera salida. Pero que los dos viajes no lleven a su destino anunciado —Zaragoza en las dos— pronto, ni mucho menos, eso podría verse, en la lógica del relato, como sospechoso. El filólogo no admitiría la coincidencia como casualidad.

Las resoluciones de la salida hacia Aragón también son parecidas. Tras las detenciones que el Avellaneda provoca en Ariza, luego en Calatayud, llega a Zaragoza tarde. Ya no hay justas. Tras la mora junto al Ebro —esta vez por la carrera de Logroño—, llega el volantazo, el cambio de destino. Ahora, Barcelona. Nada de Zaragoza, ni hablar de eso.

Nos recuerda una canción de vascos que cantábamos en meriendas: Los tranvías de Durango (ter), ¡y en Durango no hay tranvías! Vamos a ir a Zaragoza para las justas, vamos a ir a Zaragoza para las justas (*passim*). Eso es lo que dice Cervantes ya al final de C.5. El historiador, o el traductor del historiador arábigo, no cierra los episodios del todo. A pesar de que ya se ha terminado el manuscrito de Cide Hamete Benengeli, pueden quedar por ahí otros.

En la próxima parte de la historia, si la hay, lo único seguro prometido es la ida, como meta, a la capital de Aragón. En C.14, sencillamente obsesivo, reiterativo, hasta agobiante.

No haré como en otras épocas, seguir con ese género de discurso científico que llenaba de comillas o de *idem* páginas y páginas de notas. En ellas se citaba, si por ejemplo fuera nuestro caso, todas las veces que el narrador promete, refiere a, habla de, limita, relaciona con, alude a, y todo verbo intencional, unas famosas justas de caballeros hispanos.

En la tan atractiva C.15 desde la salida del aventurero se le promete al lector llevarle los personajes a ese torneo famoso que tendrá lugar

en Zaragoza. Era la razón de moverse otra vez de su pueblo. Tiene ya que medir, ahora enseguida, sus fuerzas de caballero, sólo experimentado en aventuras personales, con las de otros. Hasta que se entera de que el falso D. Quijote ya ha estado en Zaragoza. Sin embargo, no ha llegado a las nombradas fiestas caballerescas. Tanto esperar, y ya veis.

Todo el camino es un prelude de las justas que se habían celebrado ya. Habrían tenido lugar para el día de san Jorge, el patrono de los aragoneses [hoy precisamente fiesta de Cervantes y Shakespeare]. Sigo con lo que cantábamos de chicos nosotros. En Zaragoza no hay justas, ya no van a ir las dos historias por allí. También se dice: «quedarse compuesta y sin novio». En Aragón se cuenta proverbialmente: «Hicieron como los de Lumpiaque, que fueron a tocar pronto por la tarde, y amanecieron templando». Tanta preparación y prelude.

Esto no podría ser ni aleatorio ni casual ni insignificante. Aparece al final de la primera parte, cuando se promete un tema, el único expreso, para la tercera salida; durante toda la parte del avellanado Alonso Fernández, por todo el camino y en la larga antesala, adrede, enorme, sin sentido; y desde el principio exactamente, en Cervantes (1615). Es mucho, es bastante. Y lo que dice —hace— es claro: una tomadura de pelo, la ironía narrativa, que resulta agradable para el lector un poco avisado del envés de los buenos relatos, que van con segundas.

Lo que habría que observar en cuanto a nuestra explicación o hipótesis sería que el autor entremetido tiene no la misma sino mucho mayor socarronería en este punto. Ese tordesillano nos somarra hasta el enfado, no para de avisar, de amagar, de actuar siempre referencialmente. Luego no da. Las justas cesaraugustanas ya se han acabado.

Pero la gracia —Dios nos la dé, decía Juan Ramón Jiménez, muy irónico— no es la misma ni es tanta ni de tan buena clase. No hay color. Este Segundo Tomo de Alonso Fernández de Avellaneda no es igual.

La pequeña preocupación que he tenido [y que me ha detenido] era la de poder llegar —posibilidades sólo, en éstas me muevo únicamente— a convencer, aunque fuera a muy pocos, de que Cervantes tenía otra obra, pero no muy buena, no muy excelente ni insigne, no muy atractiva, él sí que empleaba bien estas lýtotes, como las manos de Rincón y de Cortado «no muy limpias».

II

Podría haber diferentes películas de los hechos. Cervantes estaría escribiendo su segunda normalmente —C.15— y cuando se le hubiera recortado la inspiración, habría pensado que lo que más le estaba haciendo sonreír a sí mismo en esta tercera salida de su héroe poco serio habría sido la confusión que se iba a producir. Se vería a un personaje que yendo por el mundo, ya el de su comarca ya el del otro reino hispánico lejano o disímil, se encontraba con gentes que lo conocían muy bien porque habían leído su historia tan recientemente como se ve en esta historia verdadera.

Sigamos aún por esta arte del narrar atractivo, vista desde la recepción. En vez de una crónica del caballero loco y su escudero gracioso, habrá dos. La segunda, falsa. Porque la están viviendo aún los personajes; porque enseguida se ve, los caracteres no se parecen a los suyos más que muy poco.

Este discurso que verá la luz en el libro puede que dé mucho juego aristotélico [mímesis–realidad], si constantemente se roza y se problematiza la verosimilitud.

Ya no necesita más el escritor, ninguna otra idea, para enhebrar los episodios hasta el final. Con este equívoco y traición —dos segundas partes acerca de unos mismos y únicos episodios vividos; quién ha podido hacerlo— hay suficiente material para terminar con brillantez de buen historiador ese cuarto de novela que aún le queda al alcalaíno, que escribe entonces lo que va a ser C.15.

Según esta primera película de lo sucedido, Cervantes habría suspendido la escritura de una segunda parte. Él tenía, de otro tiempo anterior escrita, una entera historia más breve de D. Quijote. Se habría decidido a publicar como segunda parte esa novela que tenía. Quedaría, con el nombre de otro autor, y en una ciudad bien lejana a Madrid, exactamente en Tarragona, como un relato apócrifo. Sería una narración completamente falsa, con un Caballero Desamorado incluso, despedido de Dulcinea, que prácticamente ya no aparece. Son mozas del partido aquí las que reciben su dedicación amorosa.

Este relato ya en las calles, carreras, posadas, ventas, le daría ocasión artística al novelista. Complicará el juego. Participará en la actividad preferida del relator de novelas nuevas: la mezcla de mundo y libro, de historia y cuento, de personaje y persona, los dos vagando por la misma geografía y época, un año sólo de diferencia. En resumen, Cervantes propone en vivo

la disputa verdad-mentira con respecto a vidas y a los discursos que las forjan o hacen. Me refiero a esas narraciones, tanto las artísticas como las nuestras cotidianas, que realmente fundan las vidas lingüísticas de todos.

Él sospecha que ha debido de ser un aragonés el traidor, uno del otro reino; no bien unificado, por cierto. Se lo sugiere al lector. Introduce Cervantes la duda con toda habilidad. No le basta con decir que él no lo ha hecho. Cree necesario dirigir subrepticamente a su recepción, el público, un lector ingenuo, fiel, hacia un alevoso novelista aprovechado. Dos datos: que sea aragonés y amigo, defensor de Lope de Vega. Lo logra. Los sucesores eruditos, filólogos o editores pensemos siempre que era natural de Aragón. Así lo hemos dicho en libros, en clases, en divulgaciones o ensayos.

A mí me pareció esto —no desde siempre— algo gratuito. Pero, claro, aquí no voy a comprobar nada contundentemente, escribo una posibilidad tal como la imagino. Lo único, decir que tan probable es que las inferencias cervantinas —autoría del apócrifo, enfado en el prólogo, cambio que da a su relato al abandonar la entrada en Zaragoza, protesta constante de los dos héroes del libro— sean sinceras como que sean fictas, para hacer comedia, diríamos suspicaces, para continuar su novela con inspiración o interés.

III

Se podría montar así nueva reconstrucción o película. Sin casi solución de continuidad, el escritor del primer libro, tal como deja dicho en sus finales, escribe la tercera salida —luego diré algo de las dos primeras salidas de C.5. Al ir a terminar, dándose cuenta de que tiene tema o ganas para más Quijote, decide hacer el engaño. Publicaba ésta con nombre falso, como una intromisión editorial, tal como le ha sucedido realmente a Mateo Alemán con sus dos partes del Guzmán de Alfarache, y ponía la segunda apócrifa en medio. Luego seguiría como si tal cosa con una segunda suya, a la que tendría todo el derecho del mundo. En ella se haría de mezclar ficciones, historias, sucesos reales. Y ya está viendo el prólogo: todo ofendido, pero a la vez perdonador, ciertamente olvidadizo.

Nada, absolutamente nada dirá en él de lo que contiene C.15; sólo es una inectiva olvidable —claro— con el tiempo, perdonada ya generosamente por el escritor verdadero frente al usurpador, como un caballero. Son cosas que puede hacer un historiador, que debe ser *vir bonus*.

Menéndez Pidal había construido, respecto a la primera parte con dos salidas, su propia hipótesis; en este caso la reconstrucción era más bien un desmontaje. Descubrió que los capítulos primeros de C.5 hasta el siete habrían sido, en principio, una novelita, una novela ejemplar más, como *El Licenciado Vidriera*. Luego introduce, como tal novelita aparte, *El Curioso Impertinente*. En el tomo apócrifo —C.14— se han abierto las carnes de la historia para inocular, bastante impunemente, con generosidad que acusa el lector de manera negativa, relatos inventados y extraños al argumento, dos veces: *El Rico Desesperado*, *Los Felices Amantes*.

Pero en la investigación pidaliana la novela introducida o, exactamente, antepuesta es otra cosa narrativa, una versión corta del Quijote, la primera idea que tuvo del loco heroico. Y, en vez de tirarla y escribir otra mejor, visto su futuro o su gran fondo, las pone las dos; primero, la corta, con su salida y vuelta a casa; y tras ella, la larga y nueva, ya con dos personajes, porque en esos cinco primeros capítulos el caballero había salido y viajado solo, sin hablar con un compañero de viaje y posible complemento, en ocasiones descanso o diversión, de su persona narrada.

Ha descubierto su propio futuro de narrador. Nos parece que ha acertado. ¿También habría habido en C.14, antes de pasar a ser aprovechada como una segunda apócrifa, dos salidas? O ésta la había escrito toda seguida, y luego le quitó el comienzo. Más abajo lo vemos esto un poco más de cerca.

IV

Una de las sensaciones más fuertes para mí como lector, ahora no como argumentador, es la alegría del personaje —en C.15, cap. LVIII— cuando deja el palacio de los Duques de Villahermosa, atragantado, ahíto de las bromas, hundido en el viscoso magma de la adulación falsa de sus amigos aristócratas inagotables, y ve el campo llano, o sea la libertad; que sólo nace en los momentos malos. Ella sería buena siempre en su forma negativa. Resulta necesaria para salir del mal o el abuso, dejar el encierro dorado. Y —pienso— ésa sería también la alegría del autor.

¿Es algo parecido al sentimiento transferido del humano creativo hacia su criatura? No estaría seguro. Él ha visto la manera de seguir la historia —la que él escribe, la del libro aparecido y real— con un nuevo horizonte delante.

Eso sería la aparición en el mercado, y luego en caminos, ventas y casas señoriales, de un libro imposible y malo, que va a poner en tensión hasta a los personajes de la buena novela. Sancho Panza y Alonso Quijano quieren ser diferentes al apócrifo, mejores que él, auténticos y sobre todo libres. Pone en vilo ese libro falso al autor de la historia verdadera. Va a tener delante de sí, como programa estético–narrativo, la contradicción de lo fingido con lo real. Hasta el final del tercer libro, Cervantes no va a soltar ni un momento ese filón artístico de la duda –para los personajes, para el narrador, los lectores, los críticos– entre lo aparente, lo verosímil y lo real.

No es un enfado ni una crítica, como si fuera un episodio libresco, es la única materia de la fingida historia desde que aparece; o sea, desde la salida a la luz del tenebroso túnel, asfixiante por la burla nobiliaria, pesada, mortal, digna de unos duques, dama y caballero cortesanos, sin misión heroica desde hace algún tiempo. ¿Por ahí va una cierta crítica cervantino–quijotesca al estamento feudal, en esos capítulos abundantes del palacio de Pedrola?

... y dize mas Cide Hamete, que tiene para si, ser tan locos los burladores, como los burlados, y que no estaban los Duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahinco ponian en burlarse de dos tontos...

Puede ser que la novela C.14 se escribiera como pretexto. Sería una broma dirigida al lector. Éste ya estaba preparado. En el capítulo LVII ha leído que la primera parte estaba editada. Ha empezado la mezcla de relato, historia, vidas. A continuación, en el LVIII, le dicen que existe ya una segunda parte. Y resulta que en su sillón, banco o cama él está leyendo la Segunda Parte del Ingenioso Caballero.

V

Ésta es la posibilidad número uno: el Avellaneda, escrito a propósito para darle brillo narrativo, forma innovadora, a los capítulos que faltan para acabar C.15. Número dos: que la tuviera escrita antes —me acerco cada día más a esta explicación— y la publicara así en función de la verdadera segunda parte, y de paso, quitándosela de delante, des–hijándosela, por ser no tan perfecta como las otras dos, quizá más vieja, el caso es que no buena del todo.

Pero la idea de revolver mundo cotidiano y observable, con escritura verosímil y muy próxima a los hechos habría —es sólo posible; lo digo una vez más— sido la causa de la idea u ocurrencia. Publicó el Avellaneda entre medio, pero sólo unos meses antes de C.15. No tendría tiempo. Es posible que se note esto mucho, esa publicación del apócrifo inmediatamente delante del libro bueno.

VI

D. Quijote de la Mancha sería —lo han dicho ya muy bien— un personaje de hidalgo muy enamorado también de la historia, no sólo de las novelas. Le interesa enormemente el relato de los *facta* grandes, le preocupa la no existencia de historiadores fieles a la vez que entusiastas. El tipo de discurso que relata, pero con base en la realidad —era una pasión de la época—, el que cuenta para la posteridad la verdad de las generosas acciones, sobre todo la de las grandes —es decir, belicosas, mortuorias—, resulta de gran interés para el pueblerino hidalgo, lugareño, pero castellano nuevo.

Ese discurso historiográfico que tanto le gusta le permitiría a la vez a este hidalgo lector mantener un cierto pragmatismo lingüístico. Los textos que ya han relatado y que todavía contarán nuevas y recientes hazañas suyas crearán el mundo, convirtiéndolo hacia la visión heroica que D. Quijote se había ido formando de él.

Se alcanzaría con la Historia la perfección de las ideas, en este caso las heroicas o grandes. Esos libros de su vida, que se irán produciendo tras las proezas famosas que consiga fraguar, deben ser buenos. Los historiadores árabes, cuando no sean mentirosos y, al tiempo, tengan ardor, crearán las propias acciones quijotescas, las harán ser así de grandiosas, como se imaginaron y como se realizaron.

Al comienzo de C.5 dice, para entrar el autor en esta primera salida o viaje:

... vna mañana antes del día, que era vno de los calurosos del mes de Iulio, se armò de todos sus armas, subio sobre Rocinante, puesta su mal compuesta zelada embraçò su adarga, tomò su lança, y por la puerta falsa de vn corral salio al campo con grandissimo contento, y alborço, de ver con quanta facilidad auia dado principio a su buen desseo...

Pues bien, en la misma página se ve a D. Quijote mirando cómo sale a luz de inmediato una verdadera historia de sus famosos hechos. Y lo

que es más, propio no de un personaje sino incluso de un escritor, no ya tan sólo de un lector enfebrecido, dice lo que aquel historiador escribirá o debería escribir, «Apenas había el rubicundo Apolo» (cap. II), estu-penda manera, aunque paródica, del género historiográfico.

La impresión del libro de la vida del hidalgo mentalmente tocado, en 1605, da pie a los dos autores, fingido y verdadero, de la segunda, para referirse muchas veces a la historia ya vivida, escrita y publicada, de los dos personajes, de sus episodios reales. Parece lógico —coherente con lo anterior— llevar la cosa más lejos y hacer que haya dos volúmenes ya publicados que puedan servir de comentario a los espectadores sobre las llegadas de un caballero y un escudero que andan en libros; y que los personajes diferencien, como quienes mejor lo pueden saber, entre la historia verdadera y la falsa, tan diferente de la primera, y sobre todo de la realidad, que ellos aún están viviendo, haciendo.

Y lo tan obvio: el loco hidalgo que se cree caballero piensa que las novelas son historias; y así, sus caballeros, reales; las aventuras, hechos. Él es un historiófilo, está loco por ese paso de lo realizado a lo escrito. Qué fecundo sería, en el arte del narrador, presentarle al personaje en el curso de su viaje no una historia, que al serlo sería verdadera, sino una falsificación, un apócrifo libro sobre las andanzas o *fazañas* que aún no se han hecho. Como sería, en nuestro caso, el contar que ya han estado en Zaragoza, siendo que aún no han ido, aunque estén cerca; son veintitantos los kilómetros de la ínsula Barataria a la capital.

Aunque Avellaneda fuera otro, su novela le habría dado a Miguel de Cervantes Saavedra un buen prólogo, que tanto se busca para conseguir ganar de entrada las voluntades; es decir, una eficaz *captatio benevolentiae*. Sobre todo le habría dado un buen tramo final para su C.15. Esta parte sería la culminación, también muy buscada, de lo ya contado: unos episodios ahora narrados con herramientas recién inventadas.

En vez de saber que hay una historia suya escrita y publicada, cortada en el momento de su segunda vuelta a casa, por donde van oyen esos días que hay dos ya, una buena y otra mala. Ellos saben cuál es la falsa. Eso complica todavía más la madeja del mundo y de los libros. Es la cuestión de los hechos famosos y de su transcripción heroica. Una historia de las proezas ha de ser digna, ejemplar. Y por encima de todo, era necesaria en esa España de los grandes acontecimientos y de los pequeños cronistas. Siempre había sido así, se decía a cualquier hora, en nuestra patria: merecemos unos historiadores, todo se irá al olvido a pesar de ser proeza.

No sé si sabría yo decidir cuál es mayor, cuál ha sido más decisiva para escribir esta nueva atribución del Avellaneda; si la relación de semejanza —el parecido entre las dos segundas partes— o la relación de vínculo. El parecido puedo haberlo visto yo muy acusado. A la semejanza constructiva entre los dos caminos de la salida —parada intempestiva y desesperante antes de entrar a Zaragoza, muy poco antes ya; para luego no llegar a las justas (en C.14) o ni siquiera entrar (C.15)—añadiremos aquí, lo que ya ha visto el lector, esas risas de los nobles.

En estas dos novelas vemos, impacientes y humillados, a un pobre protagonista simpático iluso bajo las garras y mandíbulas de los aristócratas de la sangre, y no terminan nunca con él, siempre riendo. Pues esa situación narrativa, las burlas en vez de las aventuras, es muy parecida en estas dos segundas, mucho más entretenida o novelesca la de 1615 que la llamada apócrifa.

Ahora, la segunda relación que digo entre estas dos. Es una vinculación o filiación; la necesidad, la causalidad, decían antes metafísicamente, la sucesividad, diríamos quizá positivistas, o simplemente las llamaría dos actos de habla que se necesitan lógica y pragmáticamente.

¿Ha visto el lector este encaje que he llamado la película de los hechos número uno, la que justifica el Avellaneda? Tras salir del aire horrible del palacio, comienza de nuevo el interés de C.15.

Habría una tensión más fresca en los episodios del camino. Parte de esa novedad la produce esta segunda parte de la historia falsa. El caballero desamorado y su escudero comilón y sucio forman la pared o el contraste con los dos personajes de C.15, tan distintos. Es ironía.

Le llamaría vinculación a su relación narrativa, a la complementación entre estas dos acciones lingüísticas —C.14 y C.15—, que me han explicado esa marcha constante o progresiva de Cervantes hacia más embrollo historia-ficción-vida real.

¿Ha preferido el lector el segundo montaje, el que imagina una segunda parte, C.14, ya escrita hace unos años? Se trata de elegir entre un novelista que no ve terminada la vena irrestañable de su personaje en el mundo, o un escritor por fin que no desecha nada y quiere publicar las dos, una de ellas como apócrifa, y que luego hace como que se queja de ello, que la autentifica como falsa, para que no se vea que él ha sido el autor de las dos segundas partes. (Nunca fueron buenas, cuánto más si son dos).

Queda también otro recurso probatorio, más filológico o especializado quizá, y que ya ha sido expuesto por otros críticos. Qué raro, dicen, que en la obra del autor apócrifo haya muchos visos, pasajes, puntos, que aparecen en C.15. Que ésta conozca y aproveche, para seguir o para contradecir expresamente, trozos de C.14 es lógico; pero que el autor tordesillano conozca y se adelante a pasajes o lugares relatados por el alcalaíno, eso es difícil.

Se interpretaba por algún filólogo como un conocimiento por Avellaneda de los todavía manuscritos de Cervantes, que los habría dejado a leer. No es imposible, tampoco voy a exagerar. Podía ser un amigo falso, un próximo y un traidor a la vez.

Yo ya digo que mi posibilidad nació a la vista del afán o pasión cervantina por el embrollo, gustoso para el lector que no sólo lee aventuras en línea. El lío se arma entre la vida, por un lado, y la escritura por otro. Ésta sería una específica narración. Hablo de esa explicación de vidas, relación o reconstrucción de hechos, creación de mundos en suma. Alguno de éstos es preferible a los mundos de la cotidianidad.

Cervantes habría pensado aquí en un texto o discurso artístico, más complicado a la vez que más divertido y grato, superior a lo que llamamos vida, es decir ese otro discurso: el cotidiano, repetido, realmente aburrido.

En este apéndice que escribo sobre el posible autor no voy más que a tomar una postura sobre la atribución posible al propio Cervantes. No voy a investigar la diferencia. Tendría que acumular las notas de lectura: cada vez que sentíamos o notábamos la mano de Cervantes, su cabeza, sus hablas todas, puestas en comparación con este discurso avellanado de 1614. Aquí somos muy generales. En ese sentido o tono diré que de toda esta obra en tres grandes partes o tomos lo que más nos gusta es su socarronería.

Ésta es la ironía de 1615: constancia y aumento de las burlas de un socarrón con su lector, que él imaginaba o previó. A eso le habría ayudado una obra anterior suya, desechada pero guardada, sacada a luz un poquito antes de 1615.

La tercera película, pues, y ya última aquí, sería de este modo. Éste es el «cómo se hizo», la «foto fija» de las producciones cinematográficas; pero en nuestro caso, sólo como hipótesis o posibilidad, nada de eso que se llama posibilidad real. Es teoría que imagina una construcción relatada. Habría que escribirla con el «habría» de las hipótesis científico-naturales.

Cervantes habría escrito una novela que sería, más o menos, hoy la suma de los primeros capítulos de la obra publicada el año 5 (esos que Menéndez Pidal pensó que estaban allí puestos, soldados, y que podrían haberse pensado para ser una novela ejemplar más), añadidos a lo que hoy se llama: *Segundo Tomo Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha, que contiene su tercera salida: y es la quinta parte de sus aventuras. Compuesto por el Licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, natural de la Villa de Tordesillas.*

Habría que descontar los añadidos y arreglos para su utilización posterior; es decir, y con respecto a los capítulos primeros de C.5, quizá el escrutinio de los libros, que me parecería más maduro; y de la novela C.14, lo que sirve para que parezca una segunda parte, o sea unos hechos ocurridos ya tras la segunda salida, con que terminaba el primer Quijote de Cervantes.

La primera versión, C.14, que es un viaje Argamesilla-Ariza-Ateca-Zaragoza-Ariza-Alcalá-Toledo-etc., no le satisfaría y emprendió otra. Conservó quizá el principio para empezar su C.5. No sé si en la primera versión del Avellaneda habría presentado ya a los dos personajes o si sólo habría escrito esta primera salida con el hidalgo solitario.

Ya habría seguido con mejor gracia la novela, mucho más renacentista el autor, en cuanto a tono. Y habría compuesto la novela de 1605 hasta que vuelve a casa encantado el loco.

Sigue nuestra hipótesis de escritura. Continúa el novelista y escribe una Segunda Parte, que será C.15. Y en el último tranco —¡los escritores y sus criaturas queridas!— descubre una buena ocasión para publicar como apócrifa la primera versión.

Con ella en la calle, dará originalidad a ese trozo final del viaje. Aunque no sea ya de su gusto la narración primitiva, quizá no le importe mucho. La cosa es que tampoco va a ir con su nombre. Es difícil que lo descubran.

Esa nunca olvidada versión primera va a servir estupendamente de mala, de inverosímil historia de los dos manchegos lugareños por los reinos de España. Y por fin sale C.15 y el caballero muere, desaparece como tal, un poco sólo antes del tránsito del hidalgo, famoso sobre todo por las ansias que tuvo de llegar a serlo en historias, por supuesto verdaderas, auténticas, es decir verosímiles a la vez que grandiosas. Es cualidad que la infiel historia escrita por Avellaneda no habría tenido.

Yo me quedaría de esta novela, además de su función auxiliar en relación con un mayor embrollo que iba a mejorar C.15, con el paseo por la Zaragoza de 1600. Quijada tiene allí miedo, como nuestros críos, de los gigantes u hombres primitivos de la puerta de la Audiencia de Zaragoza, armados de porras de piedra. No olvidaría de esta narración la pobre moza del partido que va con los protagonistas del viaje, tan desposeída de todo. A lo mejor me quedaría con esos canónigos del Santo Sepulcro de Calatayud, a cuyo lado he vivido cuatro años, junto a la puerta de Soria, que tomaban el aire en el campo, un poco menos deprimentes que otros clérigos anovelados.

Nos quedaríamos un poco también con ese final del Avellaneda, que dejaba colgado, como las novelas picarescas. Los dos amigos, amo y «sobrinito», como le llama inexplicablemente a Sancho, van en ese momento ya separados, los inseparables; y el caballero, viajando por Castilla la Vieja. El novelista dice que su personaje fue tal vez a Valladolid, donde había nacido Felipe II y vivió Cervantes.

Iba por entonces ya nuestro Martín Quijada mucho más degradado que el que escribió el novelista en las otras dos partes, con un escudero que era una mujer disfrazada de varón, con toda su esperable historia de doncella de perdido honor.

En cuanto apareció el Avellaneda en las tiendas de mercaderes de libros, Cervantes se puso nervioso, acabó no muy bien la novela, perdió un poco el tino de lo que estaba escribiendo, no sin atacar al falso autor, aunque con menor acritud que la merecida.

Bien mesurado es lo que era Cervantes, muy buena persona. Así se portará enseguida de terminar, ya decimos que con premuras, en el prólogo que se espera.

Esto es un poco la antigua hipótesis, la película vieja, así se describía la aparición del falso Quijote. Desde el capítulo LVIII de la verdadera Segunda Parte, todo va a ir ya regular. Por una vez que había tenido suerte el manco sin éxito, probador siempre de inventos, afectado como pocos del deseo de fama (la que por ejemplo no había podido conseguir con la escena: lo tenía perdido a causa del Monstruo de la Naturaleza, el único o el monarca del teatro), ahora que podía tener gloria o dinero, si bien podría vivir o seguir sin ellos, resulta que le sale un competidor, tal le había surgido en 1602 al autor del pícaro y confeso Guzmán de Alfarache, exactamente lo mismo. Poco es aún lo que dice el bueno de Miguel de Cervantes en su contestación.

En nuestra hipótesis la película se monta de otra manera. Es distinta. Puede verse igualmente arrumbada que otras hipótesis, y a lo mejor antes que lo hicieron las anteriores, si ésta es tan arriesgada y sobre todo argumentada como lo hago yo con instrumentos filológicos poco sofisticados. En cuanto sale del largo tranco del palacio de los Duques y de sus alrededores riberaños, el novelista descubre una mina de relato. Él iba ya con poco futuro. Inventa. Da un giro a la narración.

El comienzo de ese capítulo de C.15 es precioso en este sentido, es el optimismo del que sale de un pozo y ve un campo libre. De medio muerto pasa a interesado. El narrador ha encontrado otra vez el fulgor en el personaje y sobre todo en la novela.

Ya ahí mismo trata de su historia publicada (C.5), para, en el capítulo siguiente, tener bien juntas las dos, la primera buena y la segunda falsa, traidora y, como se va a demostrar al momento, imposible.

D. Quijote decide no entrar en Zaragoza, y está al lado, tras tantas esperanzas, anuncios, expectativa de que va a ella para participar con brillantez en sus conocidas justas.

Podría no haber sido una manera buena de ver las cosas esa hipótesis que he recortado un poco más arriba. En principio, ¿no parece ingenuo trasladar mecánicamente el enfado de D. Quijote al de Cervantes? Que no hable, sino muy poco, Avellaneda acerca de Dulcinea, siendo lo que es para el caballero, puede por lógica —la del arte narrativo— provocar ira en él; pero que eso se crea a pies juntillas también del alcaíno ¿no parece algo infantil, dentro del sistema de coherencia llamado filológico?

Por qué ha de reflejar el personaje, y precisamente reflejar o derivar, lo que siente el autor. Dónde está la creatividad novelesca.

¿Todo, entonces, en la historia de este falso caballero —es sólo hidalgo, no puede llevar don etc.— debe apropiársele, atribuírsele a Miguel? Incluyo ahí todo lo que dice sobre sus posibles historias, sus historiográficos, su traductor; y es muchísimo.

Ya sé que no, que exagero; pero el automatismo de extrapolar el personaje en dirección hacia el autor es también una falta grave en el distanciamiento. Me volvería yo a pasar en esto si dijera que con estos críticos Cervantes está consiguiendo su propósito, mezclarlo todo, hacer verdadera la ficción, por ejemplo. Lo estaría logrando, pues los lectores ven ahí el enfado del escritor.

Pero no veíamos la estupenda resurrección de la novela, el jugo que vuelve a llevar por dentro, la gracia y la socarronería con todos, con los lectores por supuesto, con los personajes, ya se rían ya se extrañen, a partir de esa salida a luz de la historia falsa. Historia y no novela es lo que son las dos obras publicadas hasta ese momento —cuál— en que el escritor se ha enterado —¿?— de la publicación.

Por ejemplo, qué ingenuidad cometíamos al decir seriamente, al preguntarnos en qué momento de la gestación de C.15 apareció Avellaneda; eso es tomar la novela como fuente de la realidad y, luego, volver a la novela y señalar en ella, de acuerdo con la publicación que había tenido lugar, partes buenas y algo menos buenas o hechas de prisa. ¿Es un círculo vicioso?

Lo mismo de poco serio nos parece —¡ahora!— tomar como argumentos de Cervantes para la falsedad de C.14 los defectos enumerados en el propio relato, lo que es criticable en él: C.15, cap. LIX.

Veamos la broma, esa exactitud y concreción de los fallos de Avellaneda como historiador. En un momento los ha visto D. Quijote, en un hojeo no muy largo: las palabras duras del prólogo de C.14, los aragonesismos en el habla del autor, el desconocimiento del nombre de la esposa de Sancho.

Mirándolas con cierta crítica de lector (que no sabría mucho de autorías, cervantismo, intrusismo) de escritores artistas (que no es que mientan, es que son flexibles), los insultos de Avellaneda no vienen a cuento bien, tal vez un poco gratuitos.

El autor se podría limitar, dedicar enteramente a decir lo que ha hecho con los personajes y los nuevos episodios, por qué se entremete, cuál era su hipótesis o novedad. ¿Sale a luz sólo para quitarle la ganancia, si con la defensa de la sociedad frente a los libros de caballerías inútiles está de acuerdo? No son manco y viejo descalificativos que no pueda un escritor, espiritualista se le supone, admitir y aun enviárselos a sí mismo. En cambio, un pequeño elogio indirecto a obras cervantinas anteriores, eso ya no lo ha podido evitar el autor de este prólogo.

Me parece más importante esta referencia a las novelas y a las comedias del otro autor, hecha por Fernández con cuidado de no parecer loa sino crítica sincera, que los exabruptos dichos. Empieza así el Avellaneda:

Como casi es comedia toda la historia de don Quijote de la Mancha, no puede ni debe ir sin prólogo; y así sale al principio desta segunda parte de sus hazañas éste, menos cacareado y agresor de sus lectores que el que a su

primera parte puso Miguel de Cervantes Saavedra, y más humilde que el que segundó en sus novelas, más satíricas que ejemplares, si bien no poco ingeniosas.

No diría más o mejor el de Alcalá, y por cierto con esa lítote del ‘no poco’, que el autor de la primera y tercera, mejor de C.5 y de C.15, sabía bien usar.

Ahí mismo observemos una contradicción del falso autor, una caída:

Y pues Miguel de Cervantes es ya de viejo como el castillo de San Cervantes, y por los años tan mal contentadizo, que todo y todos le enfadan, y por ello está tan falto de amigos, que cuando quisiera adornar sus libros con sonetos campanudos, había de ahijarlos, como él dice al preste Juan de las Indias o al emperador de Trapisonda por no hallar título quizás en España que no se ofendiera de que tomara su nombre en la boca, con permitir tantos vayan los suyos en los principios de los libros del autor de quien murmura y ¡plegue a Dios aun deje, ahora que se ha acogido a iglesia y sagrado! Conténtese con su Galatea y comedias en prosa; que eso son las más de sus novelas: no nos canse.

Vaya descuido, decir que en el prólogo —de prólogo a prólogo, sobre todo— a C.5 Cervantes no ha podido lograr los elogios en verso ajeno y famoso, que llevan todos menos él. Ha tenido que poner Cervantes unos propios, en broma; y luego, en la propia novela, Avellaneda no lleva de campanudos más que uno y, éste, continuación, en tono y en asunto, de los que había puesto Cervantes para empezar su obra. Lo mismo que el elogio por segunda vez de las novelas del escritor aparentemente vapuleado. Vaya prólogo atacante, digo. (El autor admirado y gran publicador podría ser Lope, a quien se le quiere colgar este libro, o a uno de sus muy próximos, para que no se vea su encubierto autor verdadero.)

Pero es una ironía nuestra: no hay fallo, es pura broma, cómo va a criticar la falta y caer en ella hasta ese extremo: él no tenía ningún ajeno poema de elogio en sus preliminares, yo sí voy a tener. Y pone éste, bien solo y desarropado:

Maguer que las más altas fechorías / homes requieren doctos e sesudos,
/ e yo soy el menguado entre los rudos, / de buen talante escribo a mis por-
fías. // Puesto que había una sinfín de días / que la fama escondía en libros
mudos / los fechos más sin tino y cabezudos / que se han visto de Illescas
hasta Olías; // ya vos endono, nobres leyenderos, / las sandeces segundas
sin medida / del manchego fidalgo don Quijote, // para que escarmentéis
en sus aceros; / que el que correr quisiere tan al trote, / non puede haber
mejor solaz de vida.

Se le ve que sigue a otro cervantino de C.5. Compárense con los elogios interminables, de manos ilustres, que abren otros libros de la época, de manera tan suntuaria.

En revanche, si se leen también seguidos el prólogo de Fernández de Avellaneda y el de la Segunda Parte de Cervantes y Saavedra, quizá vean cómo está de cerca el uno del otro. (A mí me saltó el parecido; pero somos todos lectores diferentes. Tampoco existen los textos previos a toda lectura personalizada, verdaderos en sí. Cada lector lo hace de acuerdo con sus ideas, o sea con sus textos previos, los de toda su vida.) El prólogo al lector escrito para C.15 está hecho únicamente, sin fisuras ni excepciones, de principio a fin, para contestar al prólogo de Avellaneda. Éste es el antecedente.

Y mi hipótesis es que eso era lo que buscaba el novelista Cervantes, ansioso en esos momentos por conseguir la gracia que llega al lector, al ver, con dificultad intelectual, cómo la realidad no es más que la novela. La ficción tiene otra ficción frente a ella.

En resumen, el lector puede ver así, tras esa nebulosa, que se puede engañar. Le pueden hacer creer que D. Quijote es verdadero y que tiene sus historiadores, los dos árabes. En Avellaneda el Cide Hamete se llama Alisolán, muy parecido al Solisdán de ese soneto de los preliminares de la Primera Parte que había hecho Cervantes. De los científicos contadores musulmanes, el uno creíble y el otro increíble.

VII

Vuelvo adonde está nuestro programa de contestaciones del propio D. Quijote, airado con Avellaneda. ¿Aragonesismos? Dice el caballero que sí, que los ha visto en lo poco que ha querido mirar. Se trata de una falta de artículos. En eso, según algún filólogo interesado en contestar a las razones, se comprenderían también los enlaces, los llamados, ¿aún?, morfemas gramaticales.

Primero, que no lo veo, tal vez no los sé mirar. Segundo, ¿eso es propio de l'aragonés? Quizá haya quitado por ahí algunos artículos y preposiciones o conjunciones, a lo mejor se podrían encontrar esos huecos. No sé, tampoco conozco cómo habría que ir buscándolos; yo no lo he practicado. Y tampoco es imposible que no sean aragonesas esas ausencias o elipsis. Lo que diría es que el argumento es irónico por parte del

novelista, que se ve a un D. Quijote enfadado pero sin pruebas para perseguir al autor.

¿Hasta qué punto del enfado le lleva ese gran conocimiento de la lengua del otro Reino, esa seguridad en su gramática? O sea, otra socarronería, además de la confusión buscada.

Dice que Mari Gutiérrez no se llama su mujer, que se llama Teresa Panza. Esto de la fijeza de los nombres es una de las virtudes del escritor que en cualquier momento toma uno nuevo, duda, olvida, cambia. Éste sí que es un argumento firme que en boca del protagonista pone el rabioso autor que ha visto perder su gloria y dineros —al fin, empezados— por obra del avellanado autor aragonés.

No ha cambiado nunca de nombre a Quijano, Quijada, Quejana, seguro que no Quesada. Mari Gutiérrez se llama con todas las de la ley en C.5, cap. VII, si bien seis líneas antes se llama Juana. De todas formas D. Quijote lo había dicho donde estábamos, en C.15, cap. LVIII, con toda la representación de su autor: que el equivocarse en una parte tan principal de la historia como ésta supone hacerlo en toda.

Ya se pueden llevar el libro, señores, dicen los dos protagonistas a los lectores del Avellaneda que estaban en el cuarto de al lado, que quien no sabe eso, tan seguro, tan principal, no sabe nada de la historia: nada menos que equivocarse en el nombre unívoco de la oíslo de Sancho.

VIII

Pudiera ser —ya vamos viendo— que el apócrifo fuera una primera versión. (¿Nos movemos menos firmes?) Le habría quitado Cervantes el comienzo para que valiera de segunda parte. La habría maquillado a este nuevo menester. Referiría constantemente C.14 a C.5: lo ocurrido este año pasado. Es reiterativo, cuando lo necesita lo vuelve a escribir y, tal vez, prueba de que está añadido, de que es un escrúpulo, siempre de la misma manera: lo del año pasado, lo de hace un año. Así puede pasar por ser la continuación de la primera parte de *El Ingenioso Hidalgo*.

Estar argumentando aquí, afinando las pruebas, buscando la decisiva, como el golpe de suerte, no es muy bonito. Decir la impresión que he tenido, contar mis películas, los montajes que pudieron y no pudieron haber tenido lugar en la cabeza inventora de Cervantes, eso sí que lo he creído interesante. ¿El lector lo piensa también?

Hay mil cosas más a las que dirigir la atención para ver si es o no de Cervantes, de quién de los otros propuestos, desde el P. Aliaga, confesor de Felipe III, hasta Lope, después Ginesillo de Pasamonte, el personaje que no falta en ninguna de las tres partes, él o su hermano militar, me da lo mismo. Me acuerdo de una versión hipotética, acerca de esta autoría encubierta, que la refería a un tal Vicens García, un cura catalán del XVII, escritor en español no sé si muy castellano o con dejes catalanes, humorista. Ésa la sostenía en los años 50 un erudito catalán, Mossen Serra Vilaró. Esta atribución me hizo pensar, porque no la veía clara, en ir directamente a los documentos de los notarios.

Miré una temporada el archivo de protocolos de Tarragona, que no estaba aún ordenado, y no vi ningún contrato entre, por un lado, Felipe Roberto, o Robert, librero, y, por el otro, un tal ¿quién? escritor de novelas que la habría llevado allí a editar. No encontré nada, pero ya ven que tampoco puedo contarla como prueba verificada, archivo visto.

Terminaría con ésta, que por dos veces sirvió a Cervantes para acabar. La segunda vez la empleó con el recelo y prevención que debe usarse en la adopción de hipótesis nuevas. En el Avellaneda dice al final —léanlo despacito y buena letra, es una nueva caja de embrollos—, hablando del Caballero de los Trabajos, un nuevo subtítulo ridículo del viejo hidalgo rural: «los cuales no faltará mejor pluma que los celebre». Y *El Ingenioso Hidalgo* de 1605 se cerraba así: «Forsi altro cantera con miglior plectro». (En C.15 vuelve el autor a su descuido, a citar lo mismo.)

El verso, que es del predilecto Ariosto, era una invitación, cualquiera que sea el libro que se tome por primero, para estimular una continuación. De nuevo, o es culpa del autor o es una ironía, puesto que luego se viene a quejar de que le continúen otros, antes que él incluso. Tampoco es que yo haga de eso una prueba en contrario, el argumento fuerte. Sólo me parece divertido leerlo en un autor, que lo era mucho.

IX

Por cierto, vamos a hablar de zeugmas, ya que acabo de producir uno, es una excusa flagrante. Es muy usada en el Quijote de Tordesillas esta figura. Consistiría en elidir una palabra, por haber aparecido, ella o una derivada, poco antes, y ser así esperable, no siempre muy fácil el volver a hacerla explícita. En mi caso ha sido haber elidido «divertido», y

dejar marcado su hueco con un «lo», ya que también el autor era divertido, como me lo parecía a mí esa repetición de la idea de Ariosto. *Passim* se pueden encontrar, a cientos, con gracia, sin ella, demasiado juntos, demasiado obvios, muy difíciles a veces, retorcidos y por los pelos. Éste es el que discurrió para terminar la novela:

... pasó por Salamanca, Ávila y Valladolid, llamándose el Caballero de los trabajos, los cuales no faltará mejor pluma que los celebre.

Podría haber concertado con Caballero un posible «a quien», y no este forzado «los cuales». Pero los hay buenísimos, más difíciles de hallar, con la elipsis muy endiabladamente hecha. Hay páginas en las que he encontrado diez zeugmas, y en la siguiente todavía siguen.

Quizá los usó más en el Avellaneda, pero en sus otras dos partes los empleaba también, los sabía construir —o vaciar— muy hábilmente. Por otra parte, el lector de discursos literarios —porque es recurso retórico— del XVII los habrá encontrado en ellos. Lo que me llama la atención es la cantidad que empleó en este tomo, y la facilidad que nuestro escritor había siempre mostrado con este recurso retórico hábil, un poco juguetón, conceptista le hubieran dicho entonces, agudo como le dirá el bilbilitano Baltasar Gracián, mucho más joven, vive ya entero su mundo en el XVII.

Este momento es muy filológico, tal vez demasiado para mí, que espero tranquilamente algún plectro mucho mejor, más afinado, con más punta que éste; además solicito otra habilidad que la mía, una eficacia mayor en el ejecutante, ya no sólo en el plectro. No quería con esto del ejemplo de los zeugmas sino probar, accidentalmente, que en el estilo puede haber parecidos fuertes entre el de Avellaneda y el de Cervantes. Pero no deduciré nada de ello, es una prueba de mucho equilibrio sostenido y, de añadido, frágil.

X

Es que se debió de dar cuenta. No había aventuras, sólo ventas que eran castillos con los mil nombres de sus partes, todas exactamente nombradas. Eso es lo que hace al salir el caballero en C.14. Nada que ver con una segunda parte que seguiría homogénea a C.5.

Y la socarronería tampoco está muy presente. Parece un loco de idea fija. No es de los que ven las cosas cambiadas en sus respectivas ilusio-

nes. Sólo está estropeado en la venta-castillo. Su intencionalidad monorcorde, su finalidad lejana y próxima es ir a Zaragoza, a las justas que ha oído nombrar como famosas al caballero que hospedó en su casa cuando comenzó esta historia apócrifa, un D. Álvaro Tarfe.

La novela no iba a tener gracia, no incluía tampoco episodios con garra narrativa. Sus relaciones siempre con mozas del partido no les iban a parecer a los lectores cosas de un caballero loco o contrario a la sociedad civil de entonces, destruidas sus relaciones con la actualidad, perdida u olvidada ya la época del honor. Y habría decidido arrumbar este texto, empezar otra vez por otro lado, dejarlo. Luego le encontraría lugar a su manuscrito en una edición pirata. Serviría de contrapunto a la primera parte publicada nueve años antes. Sería término de comparación, para el lector, con los protagonistas aún vivos, durante los capítulos de C.15 que van desde que dejan el palacio de Pedrola hasta la muerte. Y era ocasión para enrevesar la idea de la realidad con las historias, versiones, novelas.

XI

En comparación con el Avellaneda, *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha* publicada en Madrid en el año 1605 es una buena serie de episodios, aventuras, novelas intercaladas. También empiezan ahí los interesantes diálogos (preferidos por nosotros). Desembucha Cervantes a gusto su renacentismo, parece encontrarse ahí. Vemos de nuevo mundos ideales amorosos trágicos. Se pulsa lo juvenil literario, poético: las dos novelas pastoriles.

Esto sería lo que yo habría visto, todo a la vez: mejores ganas de contar, más aventuras famosas, recontables, como la de los molinos, rebaños, galeotes sobre todo, primero; segundo, el coloquio seguido, decisivamente general, no sólo el que trata de lo que en aquel momento sucede; tercero, el juego del amor por Dulcinea, a campo abierto, siempre solo el caballero con su encanto, o poniendo su entrega en comparación y en emulación con el ámbito renacentista de los sucesos amorosos ocurridos en Sierra Morena.

El propósito de desterrar las novelas de caballerías no estaba aún muy maduro en el escritor, Fernández de Avellaneda escasamente habla de él, no le discuten a D. Quijote sus creencias en la realidad o historia de los héroes novelescos, romancísticos, legendarios.

En C.5, sí, ya es una idea narrativa, va a dar muchas ocasiones para discutir, enfadarse, elevarse. Goza de importancia social histórica.

Hablo, como es natural, de una idea del personaje. Él tenía un discurso bonito y estrafalario. Practica un habla individualizada, es un hidalgo pueblerino enamorado de sus grandes libros caros. No es de Cervantes la obsesión por el destierro de las caballerías, no sé por qué tenía que estar tan en contra de ello, si ya estaba incluso medio acabado su éxito editorial, el logro popular, sólo las leerían los caballeros no modernizados, los añorantes, los nobles de pueblo, los medievales en todo.

¿Tuvo que ir dejándola, al ir viendo otras cosas posibles en un relato sobre este hidalgo rural ido, que debería salir de su ignoto lugar o aldea al mundo con su ilusión y fuerza literarias?

XII

El nombre de su lugar. Constantemente se habla de Argamesilla, que es, como hace varias veces el escritor, cambiando muy poca cosa siempre, Argamasilla. En la primera parte no se nombra, y este vacío es famoso: no lo puedo fácilmente recordar, no quiere salirme.

Este pueblo pequeño no reaparece, al contrario que el Argamesilla de C.14. ¿Explicación? Pues que en esta novela, una versión bastante primitiva, Cervantes usaba más nombres propios que después. (¿Habríamos entrado de nuevo en círculo vicioso, si damos por probado, y nos apoyamos en ello, lo que estamos probando?)

Está la sobrina, que se llama Magdalena sólo en C.14. Está Martín Quijada, que luego se llamará de varias maneras al principio de C.5, después ya firmemente Alonso Quijano. En C.5, Mari Gutierrez y seis líneas antes Juana. De nuevo en Avellaneda, el nombre del cura, Pedro Pérez. Y otros. Luego no es raro que desaparezca más adelante, si también lo hacen otros, o se quedan ya sólo con un nombre para toda la historia (la de los dos tomos verdaderos).

En el Avellaneda todavía Cervantes llamaba por su nombre al lugar de nacimiento de Quijada. Y de Sancho también, como lo mismo le ocurre al autor con sus familiares, se cambian nombres en la obra falsa y en las verdaderas. ¿Y era barrigudo o piernilargo, o las dos cosas, nuestro tonto refranero?

Éstos sí que los aprovecha la historia que compuso Alisoldán y publica Avellaneda. ¿Sancho dice tantos en ella como los que difunde o acumula Hamete? Son tan buenos, es decir tan poco aplicables al caso, ¿o no? ¿Y los usa en cadena, como hay que saber hacer, cuidando siempre la incoherencia entre ellos? Habría que mirar eso, contar refranes, repararlos, agrupar los que vienen bien, los que no le van al caso.

XIII

El paralelo de estas referencias a otra habla, ahora digo el discurso caballeresco que usa su amo, cómo está en la novela del tordesillano. La primera impresión es que, como en la teoría de Menéndez Pidal sobre los primeros capítulos, los héroes del imitador de grandes hombres literarios estaban en los romances viejos, mucho menos en las novelas caballerescas. En cuanto a nombres novelescos, la sensación es que frecuenta personajes poco nombrables, agotadores, irrepetibles.

Por algunas otras cosillas, la primera novela quijotesca es difícil de leer, de resistir. La poca inventiva que suponen siempre estos inusitados nombres estrambóticos, ridículos, es criticable. Son nombres fríos, en cuanto al resultado de su comicidad. Y su abundancia, además de esta gracia que vemos en ellos, lo compensa todo. Eso de Micomicona y Altisidora son tortas y pan pintado en comparación con los sosísimos nombres de personas, de títulos, de países.

XIV

Mirado muy de lejos, si se puede hacer eso bien, creíblemente, el hecho editorial —de borradores no hablamos, claro— sería éste: Avellaneda, primer intento quijotesco, pero colocado después entre *El Ingenioso Hidalgo* y la *Segunda Parte del Ingenioso Caballero*, mucho más cerca de ésta, el año anterior.

El texto de Fernández sería [casi] como un compendio. De él, por crecimiento y por rechazo, por desarrollo de lo que estaba *in nuce*, por la poda de lo sobrante, proceden algunas cosas del Quijote de verdad, como le llamarían los lectores.

Otras cosas, como el renacentismo fresco, la actualidad social y política —molinos recientes, moriscos expulsos—, como la gracia sobre todo, le habrían sobrevenido al autor después.

¿Es probable que al ver el autor el texto entero y notar sus inconsistencias, por un lado, y sus aciertos poco aprovechados, por otro, pensara en hacerlo de nuevo, con la poda que digo y el desarrollo de lo cortado en flor?

XV

Ahora, hablemos del llamado problema del maquillaje, los afeites, ajustes y sobre todo suturas. Si nuestra hipótesis se mantuviera sólo el tiempo del agua dentro de una cesta, habría ya, aun con todo, que explicar algo de ese orden de publicación, con unas cuantas razones textuales. Los primeros cinco capítulos de *El Ingenioso Hidalgo* ¿pueden haber sido los comienzos del libro publicado luego como Avellaneda, que habría tenido que perderlos, y empezar *in medias res*, para poder ser una segunda parte convincente?

Pero yo tendría ahí una dificultad. Ese primer libro estaría formado por los cinco capítulos, un poco inexplicables así, de C.5, y luego la novela de 1614. Ahí tendríamos que ver los arreglos y reajustes. Necesariamente tuvo que hacerle Cervantes un maquillaje completo, si quería que fuese una segunda parte (con respecto a C.5) y, *de surcroît*, que no pareciera suya. La dificultad: habría también en el Avellaneda dos salidas del lugar, Argamesilla, y Sancho no iría en la primera.

Para estudiar los posibles lugares que hoy veríamos como suturas —si hizo el narrador ese montaje que necesitamos—, hay que valer y tener buen instrumento y estar bien ejercitado con el plectro y talento. Ver cuándo entra Sancho en el primer *Ingenioso*, y mirar con cuidado e imaginar si el trozo pudo haber estado más arriba. Digo que a lo mejor la idea de volver a casa en el cap. V no es sólo el no llevar dinero y maleta con camisas, como se ve todavía en C.14; sino que, al recomponer lo viejo con lo nuevo en C.5, Cervantes habría visto una idea narrativa que explicara mejor esas salida, vuelta y salida, tan seguidas las tres. Sería que en la primera iba solo y que vio la necesidad de compañía —el diálogo, desde el punto de vista del escritor— y se volvió por ella.

XVI

El problema de los libros que le habían hecho mal y su solución tienen varios métodos narrativos, todos ellos ahí puestos, ya en Avellaneda ya en la primera parte de 1605: tener D. Quijote una nueva ama –la otra se le muere en muy pocas líneas, sin mucha necesidad novelesca–, que le manda el cura y así les puede contar y avisar, a él y al barbero, si está otra vez el pobre hidalgo pensando en salir, es decir una espía (este método para resolver libros y locura es de Avellaneda); dos, quemarlos simplemente (también de C.14); tres, hacer un escrutinio auténtico, con revisión particular de unos cuantos, y echarlos al corral para hacer allí la hoguera; y cuatro, tapiar también el aposento que los tenía.

La tercera y la cuarta conviven en la primera parte del Hidalgo Don Quijote, a pesar de que son bastante alternativas. Quizá habría añadido el escrutinio, que parece más nuevo y complejo, y no habría quitado la solución anterior, que podría venir del antiguo proyecto, o sea del Avellaneda antes de seccionarle los capítulos sólo propios de una primera parte. (Como el escrutinio, otros detalles propios de un narrador más maduro podrían encontrarse, si se quisiera seguir en esta deslizante actividad.)

En el momento de la evolución del Quijote que refleja el Segundo Tomo, las advertencias que había dado el ventero en esa primera salida a D. Quijote sobre pagar en tales ventas, establecimientos y, en general, viajar de forma no delincuente, estaba en primer plano. El segundo viaje parece que se justifica casi sólo por ello. Es irónica esta vuelta del caballero a su casa para coger dinero y las camisas para mudarse. Salir esta vez ya bien pertrechados, no olvidar cosas materiales.

La diferencia, como decía, está en que para C.5, que es la única o definitiva redacción que tenemos de esos inicios del viaje, la primera salida se hace sólo con uno de los personajes. ¿Quiere verse la posibilidad de que el autor hubiera podido cortar y pegar más abajo, antes de la segunda salida, los párrafos en que el caballero, tras buscar nombres, amada, pensó en ese labrador como escudero?

El caso de Dulcinea estaría algo claro en mi hipótesis del Avellaneda como primera redacción de toda la obra, como compendio, quizá más exactamente la almendra, que lo tiene casi todo pero en pequeño. Ya árbol, habría Cervantes podado. Intentaría desarrollarlo sólo en alguna de sus mejores posibilidades. Pasarían a la Segunda Parte tal vez las mejores de las iniciadas en este Segundo Tomo. Por ejemplo, Aldonza

está en el Avellaneda un momento y desaparece en el resto. Luego ampliaría a esa Aldonza, tomaría en serio la idea, dejaría mucho más marginales a las prostitutas de C.14, aunque también presentes en las dos obras cervantinas. Llegaría a ser Dulcinea del Toboso casi el tercer protagonista, siempre, con todo, inexistente; muy poco personaje real.

Es, irónicamente, una prueba de lo que decía; en verdad, es una caricatura de esa manera de escribir, de la almendra al árbol, que presupongo aquí; porque en el Avellaneda todo son putas y la Aldonza muy basta; tal vez incluso sea un efecto de maquillaje el nombre de Dulcinea, para ser, como he dicho, una segunda buena parte de *El Ingenioso* de 1605. Es posible que el nombre de Dulcinea, un derivado fino o petrarquista de Aldonza, con algún arreglo de anagrama a lo Cervantes, fuera, como digo, invento de 1605, que luego, a la hora de publicar su abandonada almendra o núcleo o Avellaneda, habría colocado en las primeras páginas de C.14.

Pero ya tiene un poco más de importancia [y menos distancia entre simiente y planta, en el hecho literario del relato], la presencia en el Avellaneda de cartas a y de Dulcinea; en la realidad que crean el historiador y el traductor, Aldonza Lorenzo y Nogales. En el Quijote no apócrifo son mejores y más frecuentes, sobre todo con esa somarrería que consigue en las misivas que llegan a la ribera del Ebro y de ella vuelven a Castilla.

XVII

Hay una pregunta que se mantiene aún, que dura. Viene desde que dijimos que Zaragoza, la que tiene estos dejos de Durango porque no hay tranvías después de tanto decir, no da unas justas, las esperadas y nombradas ochocientas veces en las tres novelas. ¿Qué hizo en esa ciudad, si es que hizo?

Sería esto la solución y respuesta. Es el episodio muy movido, la aventura de un condenado al paseo y los azotes. En C.14 D. Quijote se encuentra, en el tránsito desde la Aljafería, a la entrada de Zaragoza, hacia el Mercado, con uno a quien lo llevan preso.

La Aljafería, el palacio árabe y después cristiano, tiene la legendaria torre-presidio llamada de El Trovador. Hasta la guerra civil ha sido prisión. En el reinado de Felipe II era la trena específica de la Inquisición. Junto al Mercado, casi en la actual calle de la Manifestación, estaba la

cárcel en donde quedaban guardados los que se acogían al privilegio o fuero aragonés así llamado.

Este movimiento resulta paralelo al de Antonio Pérez, secretario de Felipe II y metido de lleno en el conflicto entre los Éboli y los Alba, en el que se implicó la aventura criminal contra Escobedo. Pérez se refugió en Aragón perseguido por Felipe. Se acogió al privilegio de los Manifestados por ser de Aragón.

El de Austria urdió y manejó para que se probara también el delito de herejía en el aragonés, y así, con ese invento jurídico, sacarlo de la cárcel foral de los manifestados y llevarlo a la de la Aljafería.

Yendo D. Quijote por ese trayecto histórico, se encuentra con el preso e intenta arrebatárselo a la justicia.

La desventura es grande para el rey. Aquella huída de su privado y, nunca mejor dicho, secretario, conocedor de los secretos, es inolvidable hasta para los manuales de Historia.

Ésta era la gran cuestión que se resistía a ser resuelta, de acuerdo con mi lectura. Por qué razón narrativa incluye el autor que se llamó Avellaneda este paseo en su novela, tan parecido al inolvidable, pero frustrado al final, de Antonio Pérez. Éste, ayudado por el pueblo de Zaragoza y por algunos nobles no muy fieles al rey de Castilla, se libra de ese engaño en que Felipe lo quiere meter.

Los oficiales de la Inquisición, que le querían quitar el preso a los de la cárcel de la Manifestación, cambiarlo de prisión, juzgarlo y, en su caso, condenarlo inquisitorialmente, no tuvieron éxito. ¿Es la misma acción que intentó hacer D. Quijote con la persona de ese delincuente que ve por la calle cuando le van a dar el consabido paseo público con azotes?

¿Parafrasea este paseo —en su uso como «castigo»— la persecución del famoso Antonio Pérez, el privado aragonés que desencadenará la furia de D. Felipe II de Austria?

Ésta no pararía hasta ver la cabeza cortada del Justicia Mayor de Aragón, y las prerrogativas del reino disminuidas en las Cortes que convocó enseguida en Tarazona. La historiografía relata aquí una desventura del monarca casi mundial.

Cervantes, otros también, ven la prepotencia, el desprecio, la crueldad con el menor, y en un asunto en el que la vida privada del rey Felipe II estaba en cuestión. Por eso quizá utilizó el rey absoluto, además de la fuerza de la ley escrita, la guerra sucia.

En Barcelona el escritor sabe que existían ladrones agrupados en bandas, de ellos algunos buenos, generosos, los que retrata en su novela. Hace de la realidad notoria, casi típica, el bandolerismo de la costa Noreste en el siglo XVII, selección artística o emblemática, son los capítulos finales de C.15.

Paralelamente, de Zaragoza se sabían o no se olvidaban los sucesos de 1591. El rey había perseguido a un aragonés famoso y lo había perdido por fin. Antonio Pérez se fue a Francia. Todo esto era notorio, conocidísimo o trivial.

Había sido muy grave. D. Felipe de Austria había preparado la estratagema de que Antonio Pérez era un hereje. Así lo pasaba de la cárcel de los Manifestados a la de la Inquisición, en la que ya era propiedad suya. Pero el pueblo y unos nobles tan revoltosos como él lo salvaron de la cárcel estatal, diríamos. D. Felipe había fracasado.

Luego vinieron las crueldades y opresión contra los aragoneses.

XVIII

La enemistad y rabia de Cervantes con y por Felipe II puede verse en historias de la literatura, sus ataques velados dentro de alguna novela ejemplar. El gran soneto burlesco a las honras fúnebres, a un túmulo famoso de Felipe II, demuestra que no lo olvida a su muerte:

«-¡Voto a Dios que me espanta esta grandeza / Y que diera un doblón por describilla! / Porque ¿a quién no suspende y maravilla / Esta máquina insigne, esta riqueza / ¡Por Jesucristo vivo!, cada pieza / Vale más de un millón. Y que es mancilla / Que esto no dure un siglo, ¡oh, gran Sevilla, / Roma triunfante en ánimo y nobleza! / Apostaré que el ánima del muerto, / Por gozar de este sitio, hoy ha dejado / La gloria, donde vive eternamente. / Esto oyó un valentón y dijo: -Es cierto / Cuanto dice voacé, seor soldado, / Y el que dijere lo contrario, miente. / Y luego, incontinente, / Caló el chapeo, requirió la espada, / Miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.»

Los editores del libro conocido hasta aquí como de Fernández de Avellaneda —nuestra hipótesis querría ser científica, es decir totalmente dispuesta a caer también— ven y cuentan, casi obsesivas, las referencias a las justas que se van a celebrar en Zaragoza. Ya hemos hablado del suspense de Cervantes, bien aprendido, famoso. La llegada a la ciudad

se hace esperar. En la realidad, o en la lógica de la narración, todo tiende hacia la capital aragonesa en esta parte o tomo apócrifo. Cuéntense, por gusto, también las referencias a ese torneo distribuidas por las dos partes cervantinas.

¿En el Avellaneda tenían la misión de justificar al autor, de engañar al gobierno o a la Inquisición? Tendrían el propósito, consciente pues, de llevar a D. Quijote a la capital del otro reino. Pero allí no se celebran unas justas en ese momento, ya se han terminado. Se sustituyen por otro juego nobiliario, deportivo-belecista, una sortija, correr un premio. Es mucho menor el acontecimiento, es lograr meter la lanza por una anilla. Lo organizan ese día para él; por cierto, como siempre hacen los nobles en ese relato, y en las tres partes igualmente, para que ellos y el público se rían de este hidalgo castellano. Es como una de las aventuras del caballero, pero no de las sobrevenidas durante su viaje, sino de las provocadas para que haga el ridículo en ellas. Ésta de la sortija es una aventura adrede, puesta por los nobles de verdad para reírse, como las agotadoras que ocurren en el palacio de los Duques, casa de descanso o de campo, durante tantos capítulos de la última Segunda Parte.

No va a eso el manchego loco, pero allí le sucede. El caso del reo, que se parece al de Antonio Pérez, es lo más importante de su estancia zaragozana. Sin embargo, no se ha aludido a él, no aparece adelantado; cómo iba a preverse. ¿Sería ésta la manera en que quedaría, bien circunstancial y accesorio, mezclada con el fracaso de las justas y la sortija sustitutoria, esa referencia política grave?

Así se vendría a narrar, a contar ciertamente, pero sin llamar la atención, este suceso paralelo al levantamiento de los aragoneses contra el rey de Castilla, Aragón etc., que vulneraba su fuero judicial. En ese episodio quedaría nombrada, recordada otra vez la calidad de subversiva y de antiautoritaria que tuvo la acción popular y callejera contra la justicia real, de ese monarca a quien Cervantes tanto odió.

Reléanse los textos historiográficos para esto, los de historia política y los socioliterarios, el discurso cervantino crítico, los papeles que salieron como pasquines en Zaragoza, la instrucción del rey a su enviado a Aragón para reprimir la sublevación y pacificar las alteraciones:

Ireis al reino de Aragon con toda la mayor diligencia que fuere posible, la cual os encargo mucho. Habiendola de hacer tal haureis de entrar en Aragon por la tierra de Ariza y comunidad de Calatayud, y por aquella ciudad adonde y en toda aquella tierra Antonio Perez ha tenido muchos valedores y amigos que se os advierte para que os sirva de aviso.

Parece retorcida nuestra propuesta, llena de apariencias falsas la narración, convertida en una encrucijada de paradojas. Podría quizá explicarse para el lector moderno de esta hipótesis que parece insostenible o arriesgada. La razón literaria, en este caso la solución artística de este suspense engañoso con la ciudad de Zaragoza y sus esperadas justas, sería el miedo al descubrimiento de un ataque palmario a Felipe II, que murió en 1598, al que sobrevivió el ofendido militar y ciudadano, defensor de su héroe Juan de Austria envidiado y disminuido por su hermanastro.

Habría tenido Cervantes cuidado, prevención de todo. Pero la idea de ir a Zaragoza comienza en el primer párrafo de C.14:

El sabio Alisolán, historiador no menos moderno que verdadero, dice que, siendo expelidos los moros agarenos de Aragón, de cuya nación él descendía, entre ciertos annales de historias halló escrita en arábigo la tercera salida que hizo del lugar del Argamesilla el invicto hidalgo don Quijote de la Mancha, para ir a unas justas que se hacían en la insigne ciudad de Zaragoza.

Y de esa capital, con todas las distracciones que al lector o al inquisidor se le colocan, lo más característico referencialmente, lo esperable como atributo narrativo era la tragedia que terminó con muertes, represión de libertades, odio hacia el autor de eso.

¿Es posible esto, es demasiada novedad, riesgo?

Lo fuerte del argumento en este tipo de hipótesis es la prueba historiográfica. Cervantes había roído al rey en novelas ejemplares, según Américo Castro. Había hecho el soneto al título real, tan hábil porque sólo al final, en el conocido estrambote, dice que no hubo nada por parte de ese valentón que hablaba y miraba de esas maneras al catafalco regio lleno de grandeza, indescriptible; nadie se ha atrevido a decir nada; qué es todo eso sino una burla encubierta, hábil.

Esos dos antecedentes pondrían la base a otros posibles ataques o venganzas siempre veladas y elípticas como el episodio aragonés del Avellaneda.

Pero la fuerza lógica se queda ahí, en una nueva posibilidad, dentro de la trayectoria que llevaba. La narración, incluso la historiográfica, científica, es un género de discurso, muy apreciado, sí, como probatorio; pero no una prueba fáctica, claro.

Lo que queda, entonces, es lo curioso de la elección de Zaragoza para su viaje, el primero o único que hace D. Quijote en el relato apó-

crifo; luego sigue, a la vuelta ya de Aragón, por la corte y, sólo anunciado, por Castilla la Vieja. En esa elección iba implícito, no obstante, el recuerdo de lo acontecido de manera violenta, de tanta entidad imborrable para el rey y para Aragón.

El hecho –narrado, por supuesto; y de ficción, que aún es más relato así– fue que al llegar a la capital del reino aragonés, foral todavía en lo que respecta a justicia, el hidalgo castellano nuevo, loco, se encuentra ante un espectáculo de injusticia contra la monarquía.

Están los zaragozanos, según piensan los fieles al rey, haciendo uso de su fuero en contra de Felipe II. Hace D. Quijote de protagonista frente al delito contra el rey. Y está sirviendo de símbolo, puesto que el lugar (recién salido de la cárcel el preso) lo recuerda, de la actitud del rey Felipe II contra las libertades forales de Aragón. Y los dos, rey y parodia personificada en iluso manchego, quedan frustrados: Martín Quijada, sin conseguir libertar al paseado; Felipe de Ausburgo, sin su perseguido. Eso parecería.

XIX

El nombre de la ciudad, ahora ya sólo el nombre, se sigue viendo en la verdadera segunda parte; en la primera también, aunque sólo al final, como programa para el lector de la siguiente, como atractivo adelantado. Mucho debe haber de motivación, o de disimulo, en el narrador.

La aproximación a la cesaraugusta población, en la gran novela, la tercera digo, su inminencia, son conocidas de los lectores de esta verdadera historia triste de D. Quijote. Todo está preparado para que el buen luchador, como él se cree, se luzca en un torneo conocido.

Está a muy pocos kilómetros en la realidad, quizá más cercano ya a Zaragoza que a Pedrola, pueblo en el que está el palacio de los Duques de Villahermosa, y su anejo, la ínsula Barataria, en Alcalá de Ebro, allí mismo, más cerca del río, por lo de ínsula, puesto que hay incluso meandros que sugieren el aislamiento.

Y de repente en una venta del Camino Real [hoy hay aún un lugar ahí, así llamado, a unos 15 kilómetros de Zaragoza, al lado mismo de la carretera] oye a los dos caballeros que hablan de la segunda parte falsa, recién aparecida.

Es cuando D. Quijote da esas famosas tres razones para la falsedad, que he nombrado, tan especiosas, sobre todo la última: que era imposible que el autor fuera verídico si no sabía lo principal de aquella historia real que vivían los dos, el hidalgo y Sancho Panza; es a saber, el nombre de la mujer de Sancho, Teresa Panza. Cómo decir que se llamaba Mari Gutiérrez, siendo así que en la propia primera parte, la verdadera historia publicada, se le llama Mari y Juana Gutiérrez en la misma página, en plena broma cervantina.

Y el protagonista decide al punto, con toda la razón (narrativa) del mundo, no entrar en Zaragoza. Así se verá que no tiene ninguna veracidad la historia que acaba de salir sobre sus aventuras. Amo y escudero demostrarán que el libro del Tordesillano no es una historia.

Las aventuras o episodios no realizados aún les pueden servir a los protagonistas, si las ejecutan de otra manera o en sitio diferente, para probar que el sabio historiador o cronista no es tal, de ninguna manera. En ese momento, en este preciso lugar de su camino, a las puertas ya de la ansiada y comentada capital del otro reino, dicen que no entran, que se van a Barcelona y lo dejan al Avellaneda con un palmo de narices.

Cervantes, así, dice que la novela no es suya, no se le debe ni puede atribuir. Pero la habría publicado él (en nuestra hipótesis), estaba en las librerías y posadas, después en cualquier sitio, a mano.

Sobre el nombre todavía, sobre la obsesión y el engaño con Zaragoza: de todos los episodios romancescos que podía haber convertido Maese Pedro en asuntos para su retablo, eligió el de Marsilio, rey moro de Sansueña, la Zaragoza de la tradición romancística.

La acción se coloca en los balcones de la torre de la Aljafería; y eso, en la Segunda Parte de 1615, en la que ya no deberían caber las alusiones a la monarquía odiosa:

Bueluan vs. ms. los ojos a aquella torre que alli parece, que se presupone que es vna de las torres del alcaçar de Zaragoza, que aora llaman la Aljaferia, y aquella dama que en aquel valcon parece vestida a lo Moro, es la sin par Melisendra, que desde alli muchas veces se ponía a mirar el camino de Francia, y puesta la imaginación en Paris, y en su esposo se consolaua en su cautiuerio. Miren tambien vn nueuo caso que aora sucede, quiça no visto jamas [¿]no veen aquel Moro que callandico, y pasito a paso puesto el dedo en la boca se llega por las espaldas de Melisendra[?] pues miren como la da vn beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se da a escupir, y a limpiarselos con la blanca manga de su camisa, y como se lamenta, y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuuieran la culpa del

maleficio. Miren tambien como aquel graue Moro que está en aquellos corredores es el rey Marsilio de Sansueña, el qual por auer visto la insolencia del Moro, puesto que [aunque] era vn pariente y gran priuado suyo, le mandó luego prender, y que le den dozientos açotes, lleuandole por las calles acostumbradas de la ciudad...

XX

Por ejemplo, es un gozo leer la mezcla de ficción, nueva ficción y realidad a la que llega el narrador inventor, cuando D. Álvaro Tarfe, personaje importante y decisivo desde el comienzo del Avellaneda, tiene que elegir luego, ya en la Segunda Parte del Ingenioso Caballero, en los finales casi, entre las dos personas, ya no sólo personajes: el D. Quijote que vio en su pueblo, Argamesilla, al que luego lo salvaba en Zaragoza, y otro D. Quijote, el que tiene ahora ante sí; entre medio, el personaje leído en la historia verdadera de Cide Hamete, o sea C.5, y el otro personaje, el del Segundo Tomo, o sea C.14, del que se empeñan en decir el hidalgo y su escudero que no es auténtico, si lo sabrán ellos.

Nada se sabe ya, qué es lo que es y qué es lo que parece. ¿Es verdadero D. Quijote, es persona? Lo mismo con la diferencia entre el Sancho comedor, tragón, sucio y soso, según dice la Segunda Parte verdadera hablando de la falsa, y el sobrio y gracioso de buena ley que parece ser el auténtico. Se queda uno admirado.

La ironía de este somardón de novelista está ya convirtiendo el propósito inicial de recordarle a Felipe II su desgracia e injusticia brutal, en jugoso relato nuevo: C.15. Aprovecharía el viejo C.14, desechado sobre todo por peligroso además de flojo, para jugar de manera muy nueva con ficción, realidad y el intermedio entre ellas.

XXI

Contar, desde el cap. LIX de Cervantes [1615], con esta historia recién aparecida, que lleva acciones de dos protagonistas antes de producirlas ellos incluso, hace de los finales de este libro una maravilla de gozo. A la vez, propone que creamos, con toda la fuerza del arte, pero con sus dudas siempre, como me ha ocurrido, que el señor de Avellaneda fue un aragonés, un amigo de Lope seguramente, por sus

elogios, citas y referencias; que fue un cura, por el aparato eclesiástico de la Virgen del Rosario sobre todo, además de los canónigos del Santo Sepulcro de Calatayud, las *novel-las* intercaladas, historias dramático-religiosas como la de Margarita la Tornera, la del fraile que deja la vocación; o alguien que no tenía nada que ver con el escritor de las tres partes; supongo.

Que en resumidas cuentas Cervantes evitara publicar con su nombre y dejara apócrifo a Fernández de Avellaneda (1614) no es tan fuerte. Porque el motivo de su acción editorial oculta era desaparecer para el rey de España y las iras previsibles de él o sus sucesores.

La novela de este autor que dice ser de Tordesillas [buen pueblo para no tener que ver algo con la locura] habría aparecido tarde, con relación a la vida del segundo de los Felipes —en Aragón era sólo primero—, y sin el nombre de su verdadero autor, por razones de clandestinidad, ya que el relato volvía a la carga, sacaba otra vez a luz, y ésta en plan burlesco muy crítico, el *affaire* Antonio Pérez.

XXII

En el centro de esa obra hay un episodio en que D. Felipe de Austria, el monarca más poderoso del mundo, se ve convertido en el Hidalgo loco, mentecato, ridículo que viene de Castilla a Aragón para humillar con la fuerza de su brazo a la justicia aragonesa y a su Justicia Mayor. Obsérvese que la venganza cruel viene de un rey que introduce su ejército en el otro reino. Eso es contra fuero. Y entre los títulos de Felipe II, el de rey de Aragón no está el primero de la lista larga.

XXIII

D. Quijote de la Mancha está envuelto en libros de caballerías denostados. No nos engaña del todo esa finalidad, dejar de una vez esos relatos que tanto perjudican a la república. Demasiado explícito está Cervantes al proclamar el fin de su escritura, el destierro de esas novelas. Ya no eran leídas, no influían perniciosamente, no eran ya aburridas, dejaron de venderse bastante años antes. Pequeños hidalgos lugareños las conservaban y repasaban, eran el alimento de su honra. Felipe,

de joven, antes de ponerse a gobernar el mundo, se volvía loco con ellas, le entusiasmaban.

A Zaragoza ha ido el protagonista del Segundo Tomo con la luz puesta —dice constantemente— en las famosas justas, en las que brillará como caballero valiente y ágil. Igualmente las jugaba y le ilusionaban, así como las sortijas y toda clase de torneos caballerescos, a D. Felipe de Austria.

Pero el hecho es que a la llegada del famoso caballero loco está terminada inoportunamente la competición nobiliaria. Sin embargo, nada más entrar en la ciudad, por la calle que va de la prisión de la Inquisición (Aljafería) a la cárcel de los Manifestados o prisión foral (Audiencia), va a revivir pobre y ridículamente los hechos trágicos que tuvieron lugar bajo Felipe II. Deberían ser olvidados.

Pero si Cervantes había elegido Zaragoza como destino central, con su viaje de ida y vuelta un poco accesorios, casi no podría haber evitado la referencia a aquellos graves sucesos. Estaban éstos en el ánimo de todos. Era memoria de cualquier lector; por lo menos unos años antes, cuando lo habría escrito.

Es hipótesis, repito. Lo habría dejado, tras dudas producidas por temores, por fin en el cajón. Y surgió la ocasión tal vez quince años después. Ése fue, ese momento, el de aparecer como novela falsa una historia apócrifa que ya no le comprometía.

Buen juego iba a dar en los últimos capítulos de Cervantes (1915), agotada ya la burla de los Duques. Quedará este buen final lleno de ese invento inolvidable.

La ficción, la historia y la realidad fraguan como pocas veces un relato en el que el lector inteligente debe saber moverse igual que en un juego de mentiras y verdades.

XXIV

Como dicen siempre los argumentadores: pero aún hay más. El escritor de C.14 es tachado constantemente de aragonés. De allí es. De Aragón lo sabe todo. Presume de geografía, de historia por supuesto. Y hasta algunas veces escribe sin artículos, según afirma D. Quijote, que lo ve muy neto eso de los aragonesismos por elipsis. Lo dice, pues, claro

Cervantes eso de que él no es aragonés y no habría escrito esa parte apócrifa. Lo dice con su sorna.

D. Quijote denuncia la falsedad de la obra, es decir su no continuación a C.5, al afirmar que tal vez [algunas veces] olvida o se come artículos que sí pondría un castellano.

Quien pusiera en solfa a Felipe II, viniendo de Castilla a Aragón, para llevarse consigo a un Antonio Pérez, en pleno ridículo de facultades regias, cabalgadura y armas, no podía ser sino aragonés. El Segundo Tomo lo habría hecho un escritor de ese reino. Cervantes piensa que se puede publicar ya, es imposible que no se crean que la novela es aragonesa; sobre todo, nadie debe dudar de que el afectado y dolido Cervantes, al que le han quitado incluso la ganancia, y que tan claramente se enfada por el fraude, no es el autor de esa ofensa.

Lo hemos dicho todos. Era una coartada buena. Ha funcionado entonces y más tarde, entre los críticos y filólogos científicos. Lo hemos divulgado.

XXV

En el Avellaneda, por lo tanto, tenía más posibilidades de ataque. Había más ocasiones. Más directo podía ser todo. Su amigo caballero, D. Álvaro Tarfe, lo había salvado de aquel castigo del paseo ciudadano con azotes, con el que la justicia primitiva y coherente con lo natural —se decía—, la del ojo por ojo, quería ajustarle las cuentas al entremetido que se había querido interferir en el camino de la justicia, en este caso la foral.

D. Quijote se había injerido en un caso que competía al ámbito del derecho foral del otro reino, en plena capital zaragozana. Más tarde, en esta ciudad todavía, ya descansado, no relajado sin embargo, sino igualmente eufórico, tal es su locura y rabia, da un salto de la cama. Le están diciendo los nobles, como en los tres tomos, que siga con sus locuras para continuar gozando ellos. Se divierten con el mono.

Él, cuando le nombran su hazaña en el episodio del honrado azotado, dice que es corriente que algún gigantazo cometa abusos y haga descomedidos desafíos contra el rey. Y entonces es cuando salta rabioso. Los gigantes son los aragoneses.

Primero, los que están con su maza a la entrada todavía de la Audiencia, palacio de los Luna. Segundo, los gigantes de cartón que sacan entonces en Zaragoza para el Corpus. Tercero, en casa del noble que lo hospeda, logran introducir un gigante, que asusta o sobrecoge a los protagonistas.

En el Avellaneda, mucho más que en las otras dos, los gigantes son los enemigos y el mal destino de D. Quijote. ¿Es un nuevo símbolo narrativo del enfrentamiento de D. Quijote de la Mancha, Martín Quijada en C.14, o D. Felipe de Austria en la alusión, los tres en uno, contra los aragoneses alborotadores y alteradores?

Lo tranquilizan sus anfitriones. Le hicieron volver la espada a su vaina. Que se vuelva a acostar el hidalgo manchego. Él dice que el gigantazo debería guardarse de encontrar otra vez con él. Confiaba en que no lo haría, que miraría muy bien antes de hacerlo. Esos pobres más temían de voces y palabras que de obras.

XXVI

Es muy posible que ésta y otras citas o lugares narrativos tengan hoy un sonido para mí diferente. Podrían ser completamente diversas incluso las lecturas. ¿Cuál era la que estaba en el contexto mental del que componía estas escenas con la pluma de ave? Es decir, que el enfado es difícil de computar, si hay siglos enmedio. Hablo de rabia o de odio claramente, de venganza, por parte de Cervantes en este texto que no me parece apócrifo, al poner a Felipe de Austria dentro del hidalgo mentecato y siempre fuera de lugar.

El discurso, con su fuerza pragmática, que fue desarrollando Cervantes (1605, 1614, 1615), habría nacido como ofensa. El ánimo era, creo yo, el de volver a hacer sangrar el caso Antonio Pérez. El acto lingüístico es una parodia (nada menos que por medio de este caballero ridículo y llamativamente incapaz) de la intervención monárquica central en Aragón.

Es posible llamarlo hoy guerra sucia contra un ex secretario y privado. El discurso que he imaginado, nuestro acto de interpretación, la hipótesis, con tan pocos elementos como nos quedan ya desde 1591, pudiera ser interesante. El Avellaneda sería una novela en sí misma. Su actitud antimonárquica, una venganza del ofendido soldado, escritor y seguidor entusiasta del disminuido Juan de Austria.

Le quiso recordar al rey uno de sus peores asuntos, doblemente ofensivos: por ir contra fuero y por implicar la propia persona —vida privada— del rey Felipe II.

XXVII

Esta burla D. Quijote de la Mancha / D. Felipe de Austria no la quiso publicar. Comenzaría su segunda obra quijotesca sin ninguna burla regia, si bien ya amenaza en el último momento con su ida a Zaragoza. En Cervantes [1615] el historiador está llevando constantemente —frenazo, suspensión— a caballero y escudero hacia esa ciudad.

No obstante, a sus puertas, después de decenas de capítulos de estar a punto de, junto a, deja la capital de Aragón, para no parecerse en nada a la historia del aragonés. Aunque, con tanta tranquilidad como decimos, cae en un descuido, ese rey Marsilio que persigue a su secretario por una cuestión de faldas también.

Sería peligroso, si se relacionara con la novela recién publicada por uno que decía ser vallisoletano, de Tordesillas. ¿Despreocupado Cervantes de que le puedan atribuir estancias cesaraugustanas a su personaje, escoge la aventura del monarca en la Torre del Trovador, que está en la Aljafería, con todo lo que contaba Maese Pedro y que tan bien se escucha en la obra de Falla?

A su privado, exactamente eso, como Antonio Pérez, por haber besado a una dama, lo envía a público azotamiento por las calles que había recorrido el privado de Felipe II.

XXVIII

Con todo, quiero decir con las dificultades de distancia temporal y de pobreza mía de medios, tanto filológicos como pesquisidores, no me parece imposible, si arriesgado, juntar esto: el acto violento [indirecto, literario] de Cervantes, y la hipótesis de unidad de autor de los tres quijotes. O sea, ¿tiene alguna verosimilitud esta película de los hechos, en este caso de los libros publicados y en ese orden, por las razones que venimos dando?

Lo que pasa es que con el tiempo la socarronería le vino al novelista a más. Y así, la llegada de la nueva novela a los personajes de C.15, o sea el capítulo LIX de ésta, da un respiro grande a la narración. Se ha descubierto la posibilidad de un nuevo contador. Hará pasar a sus personajes de la ficción a la realidad. A continuación los compara con la crónica recién publicada. Se ve la falsedad de esta última historia.

Se quiere llegar a no saber quién es el verdadero.

Tal vez no hubiera nunca —en nuestra hipótesis aventurada— sacado del polvo Cervantes su segunda parte falsa. Pero vería las aperturas narrativas que podía traer, pensó que eran posibles ya unos nuevos capítulos todos con ese asunto. Todo mejoraría.

XXIX

Cuando termina de agotarse la estancia de los dos risibles manchegos en la casa de campo de los Duques, el escritor ha imaginado nuevas aventuras. C.14 le provee del presente, que sin embargo es falso porque los personajes aún no han terminado su labor vital, aún no son históricos.

Es decir, que la aparición bastante tardía de la continuación de C.5, sólo un año antes de publicar su segunda parte auténtica con el héroe ya muerto, habría tenido lugar por haberla necesitado el escritor como una pared en donde hacer brillar la realidad de sus personajes veraces.

Para esto me he colocado en un plano más artístico que sociológico. Terminar con broche de oro novelesco es el proyecto de Cervantes. Y perfectamente novelesco-artístico es este hacer al lector ir y venir de un discurso ficticio a otro, y que tenga que efectuar comparaciones, incluso que tenga dudas de la historicidad de lo que allí les está pasando a unos personajes.

El Avellaneda no está siempre muy liberado de rollos. Hay párrafos difíciles de acabar. Pasará el lector —no sabemos sus gustos, hábitos, aguante— por partes que son tostones. Este Segundo Tomo está poco libre de eso.

Y tampoco sería buen proceder el empezar a recordar, como justificación de este aburrimiento, las varias caídas en tal falta de éxito que habría podido sufrir Cervantes en toda su obra. En una vista general, sus

discursos mejoran siempre que se vuelven socarrones. Hablo tanto de quemar a personajes como a lectores. Y ello es, por supuesto, pura opinión o gusto de este lector.

Por ejemplo, cuando en C.15 va un enviado de la Duquesa al pueblo y casa de Sancho. Otro ejemplo, y esto es socarronería con el lector, cuando D. Quijote dice que el Avellaneda es falso porque nada menos que a la mujer de su escudero le ha cambiado su nombre y apellido ese autor.

¿No es, pues, una buena novedad la que aportaría? Atribuir una nueva obra al novelista ¿resulta tan interesante como se puede quizá pensar? Me pregunto si es noticia. Tampoco estoy seguro de acrecentar el mérito del escritor. Las obras son de la humanidad, cada vez soy menos amigo de las biografías, no digo nada de las hagiografías.

Simplemente nos había parecido esto: primero, que C.15 ha mejorado tras la aparición, proponemos que adrede, de un texto apócrifo que le sirve de término de comparación; segundo, que la rabia antifilipina de Cervantes vuelve a aparecer en su escritura, nada menos que en el Quijote, aunque en la más floja de las tres partes, pero con las otras dos como soporte y ocultación de esa aventura cervantina.

No sería una actitud lineal la suya, sería un proceso cambiante. Se habría quedado dubitativo, se autocorregía. Al final queda bien esa inesperada segunda parte falsa, dentro de la lectura de C.15, que hace quejarse a D. Quijote y también a Sancho así: lo que todavía no se ha hecho ¿cómo puede estar impreso?

Indudablemente, eso puede cambiar. Incluso cabe hacerlo al revés que en la crónica aparecida antes de tiempo. Dejará de entrar en Zaragoza teniéndola a mano y después de tanto haberla deseado y previsto. Era nada menos que el objeto intencional de su salida.

Avellaneda lo había traído a Zaragoza por la carretera de Madrid. Las paradas, muy curiosamente, coinciden con los pueblos que las instrucciones al Marqués de Lombay dadas por Felipe II señalaban como imprescindibles para su visita represora. En ese papel ordena el de Austria que sean visitados, dicho eufemísticamente, los lugares o ciudades más importantes en cuanto al suceso revoltoso.

Se trata de la importancia en cuanto a participación en la defensa de su fuero; dicho en el lenguaje del rey, las más rebeldes, las que han faltado a su fe, las alteradoras del orden y la paz de este reino suyo.

Incluso otra pequeña cosa: Épila fue una de las poblaciones aragonesas más señaladas por su defensa del fuero, de las revoltosas por tanto. ¿Tendrá algo que ver esa inquina de Felipe contra ella con su aparición enigmática en las primeras líneas de C.5, que ha hecho pensar a los filólogos, y que según esa hipótesis de la ocultación cervantina de C.14 podría ser un resto —palimpsesto— de la anterior redacción o colocación de esos primeros cinco capítulos? El hecho es que fue la Junta de Épila [¿Hepila?] famosa. Sería gracioso que hubiera pensado el autor de este Segundo Tomo, tan aragonés o filoaragonés —mera coincidencia con el bando antifelipino—, en un héroe ridículo o burlesco que se llamara D. Quijote de Hépila. Ya veremos a ver.

Cervantes lleva a sus dos antihéroes hasta la ribera del Ebro. El primero había hecho una parada narrativa larga en Ateca. El segundo, en Pedrola, mucho más tiempo por cierto; o sea, con más socarronería para el lector que no se puede imaginar un suspense tan abusivo. Ha ocurrido lo mismo que a los tranvías de Durango; o ese «ahora voy a contaros, ahora voy a contaros», y al final no cuenta más que -os.

Las críticas a nuestra hipótesis aventurada podrían (podrán) empezar, a) en cuanto al autor de C.14, por decir que tiene un estilo muy diferente al de Cervantes o al de Don Quijote, a la manera de la crítica fenomenológica, la de la impresión del lector, que ve de lejos la diferencia; b) en cuanto al antifelipismo de ese mismo C.14, la crítica comenzaría con el argumento de la generalización: si es notorio que Zaragoza sonaba enseguida al conflicto del rey con Aragón, todo escritor que contara algo de esa ciudad iría enseguida, sin darse cuenta, a colocar a un delincuente en la calle del Portillo, cerca del mercado, en el barrio árabe, no lejos de la Audiencia, cuya puerta defienden los dos proverbiales gigantes o aragoneses.

¿Y el nombre? El que inventa Avellaneda es Martín Quijada. No tiene dudas luego. Cervantes pasó, si bien casi únicamente dentro de esos primeros capítulos de C.5 que se piensa que pudieron ser otra novelita, por estos pareceres:

Quieren dezir que tenia el sobrenombre de Quixada, o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriuen: aunque por conjeturas verosimiles se dexa entender que se llamaua Quexana. Pero esto importa poco a nuestro cuento, basta que en la narración del, no se salga vn punto de la verdad.

Después será Alonso Quixano el Bueno hasta morir. Nos ha parecido bien hacer aquí una propuesta, que tiene que ver con la segunda parte de nuestra hipótesis; o sea, no tanto con la atribución a Cervantes

del Avellaneda, sino con ese trozo más arriesgado de nuestro texto, la crítica a Felipe II en forma de parodia sangrante. Con respecto al apellido primero que le dio a D. Quijote, Quijada, no debe olvidarse la imagen del Austria, con su marcado maxilar inferior prominente.

¿Tampoco olvidaríamos, entonces, que el Martín pescador tiene una interminable cabeza, con pico inacabable esta vez, en lugar de quijada o, más humano y menos insultante o hiperbólico, maxilar?

XXX

Dejo para otro lugar las aproximaciones cervantinas entre Rocinante y Cervantes, entre Roque Guinart y Guinaldo o, en el Avellaneda, las que se ven en la portada ya: Fernández y Cervantes, Avellaneda y Saavedra, la autodefinition del novelista como un ingenio avellanado, dicho esto más de una vez. Tampoco estudiaremos el vocalismo asonantado de Mancha con Austria.

XXXI

Lo que yo pongo en primer lugar es una que llamaríamos razón de coherencia pragmática en el texto total: un ataque al rey va con su disimulo correspondiente, que en ese caso sería muy acusado y fuerte, dado el tamaño mundial del ofendido. O sea, que las dos partes de mi alegato tendrían la lógica propia de un acto de palabra completo, unas burlas graves en el intersiglo XVI-XVII español. Supongo.

XXXII

Algunas veces no cubrió el autor de esta parodia sus palabras con eufemismo. Dejó los símbolos, las metáforas. No se queda en semejanza de mandíbula y apellido. Deja bastante cruda la intención de D. Quijote en este párrafo de su llegada a Zaragoza, cerca de la Aljafería:

Decidme, caballeros: ¿cuántos días ha que se acabaron las justas que en esta ciudad se han hecho, en las cuales no he merecido poderme hallar? Cosa de que estoy tan desesperado cuanto descubre mi rostro; pero la causa

ha sido el estar yo ocupado en cierta aventura y encuentro que con el furioso Roldán he tenido (¡nunca yo con él topara!). [Tal vez, un conflicto francés de Felipe en esos momentos, que retrasara su venganza. Tenemos que volver sobre esto.] Pero no seré yo Bernardo del Carpio, si ya que no tuve ventura de hallarme en ellas, no hiciere un público desafío a todos los caballeros que en esta ciudad se hallaren enamorados, de suerte que venga por él a cobrar la honra que no he podido ganar por no haberme hallado en tan célebres fiestas; y será mañana el día dél. Y ¡desdichado aquel que yo encontrare con mi lanza o arrebataren los filos de mi espada!, que en él, por ellos, pienso quebrar la cólera y enojo con que a esta ciudad vengo. Y si hay aquí alguno de vosotros o están algunos en este vuestro fuerte castillo que sean enamorados, yo los desafío y reto luego a la hora por cobardes y fementidos, y se lo haré confesar a voces en este llano; y salga el Justicia que dicen hay en esta ciudad con todos los jurados y caballeros della; que todos son follones, y para poco, pues un solo caballero los reta, y no salen como buenos caballeros a hacer batalla conmigo solo. Y porque sé que son tales, que no tendrán atrevimiento de aguardarme en el campo, me entro luego en la ciudad donde fijaré mis carteles por todas sus plazas y cantones, pues de miedo de mi persona y de envidia de que no llevase el premio y honras de las justas, las han hecho con tanta brevedad. Salid, salid, malendrines zaragozanos; que yo vos faré confesar vuestra sandez y descortesía.

Felipe de Austria ajustició, como venganza y escarmiento por los hechos contra el rey, a Juan de Lanuza, Justicia de Aragón. De los dos nobles que más sufrieron por haber tomado el bando del pueblo, uno de ellos era el Duque de Villahermosa, que fue encarcelado hasta su muerte (muy poco después) en prisión, nada se ha podido comprobar con seguridad, por supuesto.

Debía de estar bien harto del rey quien tanto desgaste, bromas, hasta gatos a la cara, infligió a su contrafigura representativa, el caballero que se creía dominador del mundo con esa facha, por no decir, físicamente, con esa quijada. Supongo yo; otra vez.

No es interesante en Literatura la autoría; en industria, sí, en propiedad privada grande, expansiva y hasta opresiva; pero en el arte para qué. La biografía de los autores qué es sino pérdida de tiempo, sin contar que también pueden con esos relatos hacer creer los biógrafos que las cosas fueron así. Que giraba todo el aire, los hechos, en torno de él. Esta deformación del relato de las épocas es poco divertido, de tan falso. Todo miró entonces a, las cosas no tenían otro centro, esa es la impresión.

Este punto pasado quiere decir que no he trabajado por modificar la vida, en este caso la bibliografía, de un escritor del XVI-XVII; sino por explicar un caso de relación poder/arte que estaba oculto. Lo que fue

para los partidarios del rey Felipe de Austria un escarmiento, acto de Estado, principio de autoridad defendido y mantenido, para otros fue una fechoría, venganza vil, un acto no olvidable pronto, la prepotencia.

En cuanto texto, es decir obra de lectura, arte, también ideología, con el añadido de ser indirecta, más atractiva o verdadera, la burla del caso de traición regia en el Avellaneda sería un episodio de sociología del arte.

D. Quijote es un salvador de presos injustamente llevados. Luego vuelve, en C.5, a hacerlo, es mi aventura preferida: en esta ocasión el rey es el forzador, la gente forzada del rey que va a galeras —dos chistes antimonárquicos a la vez—, y el loco el que defiende una justicia natural, no administrativa, policial, burocrática, inexplicable —les pide a todos las razones de su prisión.

En C.14, al contrario, es el rey quien no tiene al preso, quien se va a quedar al final sin él porque los aragoneses le abren camino a Francia, D. Felipe o D. Quijote no consiguen detraer a Antonio Pérez de las manos de los ciudadanos y algunos nobles de Aragón.

Esto es más difícil de probar. Tal vez sí, ya he dicho que lo supongo.